SEPARADORES DE HILERAS DE COLLAR DEL BRONCE FINAL/HIERRO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA: CONTROVERSIA Y CRONOLOGÍA DE UN OBJETO DE ADORNO

JAVIER L. CARRASCO RUS Y JUAN A. PACHÓN ROMERO [1]

RESUMEN

Se analizan los separadores más modernos hallados en la Península Ibérica. La falta de contexto de muchos de ellos impedía valorarlos fiablemente desde un punto de vista temporal. No obstante, hoy es posible contrastar un conjunto bastante amplio desde la prehistoria, en los que diferenciar aspectos morfológicos de interés. Además, el hallazgo reciente de ejemplares bien documentados en lo cronológico, permite situar un grupo reciente de estos objetos de adorno como los estudiados. Por otro lado, se materializa la interpretación exclusivamente ornamental de los separadores, lejos de lecturas poco consistentes que los asociaban con tareas textiles, para las que parece evidente una clara falta de adecuación e ineficaz utilidad de los mismos.

Palabras clave: separadores, collares, placas de collar, orientalizante, mundo fenicio

ABSTRACT

In this paper we analyse the most recent hair pendant bars from the prehistoric Iberian Peninsula. Most of them appear without a clear context and have been traditionally difficult to asssociate them to a chronological phase. Nevertheless, nowadays we can analyse a wide number of these elements in which we can differentiate interesting morphological and chronological aspects. On the other hand, we consider and exclusively ornamental interpretation of these objects, beyond of the weak and biased explanations that associated them to textile production. We rather believe that there is a lack of competence and they are useless for the textile purposes.

Key words: spacers, necklaces, necklaces' plaques, orientalizating, fenician world.

1 *Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino & Universidad de Granada*. (jcrus@ugr.es & japr@arrakis.es)

I. INTRODUCCIÓN

Los separadores son elementos suficientemente conocidos en los registros arqueológicos de múltiples yacimientos, ya sean necrópolis o hábitats, desde tiempos prehistóricos antiguos hasta la actualidad. Su dispersión geográfica es de espectro amplio, tanto en territorios ibéricos como en ámbitos extra-peninsulares, según cronologías y tipos, lo que —dada su extrema versatilidad— ha complicado un análisis de conjunto. Podríamos definirlos de forma muy simple, como objetos de planta más o menos alargada, en forma de paralelepípedo en la mayoría de los casos peninsulares, cierta consistencia y con una serie de perforaciones alineadas, siendo elaborados en diversas materias, especialmente de carácter óseo, ebúrneo y metálico, sin faltar las pétreas y las de origen orgánico fósil, como el ámbar, que en ciertos ambientes europeos de la Edad del Cobre y Bronce sería la más utilizada. Es seguro que también debieron realizarse en madera, aunque su conservación haya sido en este caso más problemática y, por ahora, inexistente en la documentación arqueológica actual.

Pero, al margen del particular tipo de soporte de su manufactura, existe al respecto un interesante debate centrado específicamente en la interpretación de su funcionalidad, en la que se comprueba una doble versión: la que afirma tratarse de algo estrictamente suntuario con función de separador de hileras de collar y la que acepta una lectura más utilitarista que insiste en defender una función genuinamente práctica. En muchos casos, el hallazgo de separadores en depósitos cerrados, como suele ocurrir en los enterramientos, se ha asociado contextualmente con la presencia de cuentas de collar, por lo que se ha interpretado lógicamente como complementos propios de ese mismo elemento decorativo. Nosotros defendemos esa utilidad, situándonos ante quienes hacen valoraciones —que creemos menos contrastadas e inadecuadas— y relacionan los separadores con utensilios más apropiados para el tra-

bajo textil, en cuyo caso habrían funcionado como tensores y distanciadores de las fibras empleadas en dicho proceso.

Sin entrar en detalles sobre una polémica, que será tratada algo más convenientemente con posterioridad, y más detenidamente en una contribución aparte más extensa, baste decir que las dimensiones del dispositivo en cuestión nunca fueron lo suficientemente grandes como para desempeñar fiablemente una clara función textil. Es evidente que, para ello, se hubiese requerido necesariamente una resistencia más notable, impensable en artilugios diseñados con tan escasa consistencia. Pero, además, la estructura de los mismos se muestra del todo insuficiente para generar piezas de tela con anchos adecuados, lo que imposibilitaba la materialización efectiva que exigía una demanda cada vez más diversa y exigente de un amplio espectro productivo.

Por otro lado, su morfología muestra una importante homogeneidad, al menos en los prototipos peninsulares. Se trataría siempre de una pieza básicamente alargada, cuya forma acaba siendo más o menos prismática, perforada por los laterales opuestos, que siempre coinciden con las caras más estrechas y con lo que es posible avanzar una cierta evolución tipológica. A grandes rasgos, el desarrollo que se vislumbra parece tender en algunos casos a su progresiva disminución longitudinal y, al mismo tiempo, a una lenta ampliación en anchura de la cara frontal, lo que permitía disponer de un espacio ampliado para la disposición de temas decorativos, que se harán indispensables en muchas de las producciones conocidas del Mediterráneo Oriental, Egipto y Próximo Oriente.

Nuestro trabajo se inserta en la necesidad de establecer desde una óptica moderna la necesaria revisión de ciertos hallazgos arqueológicos desde un punto de vista tipológico y cronológico, adaptando su conocimiento a los nuevos parámetros de la indagación científica, pero recuperando en ella elementos de análisis como los morfológicos que, en los últimos tiempos, habían quedado relegados como ejemplo de una práctica caduca y ajena a los presupuestos de una disciplina renovada y enfrentada a los presupuestos de la tradicional investigación empírica. En este sentido, debe valorarse algunos de los trabajos ya realizados bajo estos presupuestos y que hemos dedicado a *ítems* diferentes como las fíbulas de codo (Carrasco y Pachón, 2006: con bibliografía complementaria).

Los acercamientos morfológicos son indispensables para valorar adecuadamente la funcionalidad de los objetos estudiados, ya que en ocasiones las interpretaciones se hacen sin considerar cuestiones tan fundamentales como el tamaño real de los hallazgos, valorando solo el aspecto y olvidando la íntima relación del mismo con la escala real en que se crearon. Sin esa ambivalencia, y exagerando, ha sido factible proponer comparaciones entre hallazgos de estructura similar, prácticamente idéntica, para deducir de ello

la paridad de sus particulares funciones, cuando es evidente que objetos de tamaño reducido harían imposible determinadas tareas que sí podrían materializarse con producciones de mayor volumen. La imagen comparativa entre una maqueta arquitectónica y la realidad que copia sería muy ilustrativa al respecto, entendiéndose que la función ejercida por un simple mondadientes en la primera sería absurda, si pretendiésemos sobrevalorarla y hacerla idéntica a la función de una viga en el edificio recreado.

En el caso de los separadores de collar, el ingente número recuperado en los registros arqueológicos plantea un atractivo trabajo de análisis evolutivo y adecuación temporal, aunque son infinitamente menores aquellos que conocemos en sus adecuados contextos cronológico-culturales. Por ello, para esta ocasión hemos reducido el número de referencias, acotándolas a los hallazgos de final de la prehistoria y de la primera mitad del último milenio a.C., reduciendo también la localización geográfica a los separadores de la Península Ibérica. En ese periodo contamos no solo con una cierta reducción de referencias, sino con la suficiente contextualización, de modo que la relación de ambos parámetros arroja un conjunto de importante proyección interpretativa para los momentos finales de la evolución peninsular del tipo.

Al mismo tiempo, el análisis descubre el desenvolvimiento último de una larga tradición artesanal en la que el contacto con referencias culturales exógenas, donde se habían producido manifestaciones productivas similares a las autóctonas, provocará una evidente transformación de la práctica productiva y un acercamiento a modelos ajenos, pero sin trastocar la funcionalidad de un elemento que se encontraba perfectamente arraigado en los usos y costumbres indígenas. De este modo, la permanente relación de los separadores con los aditamentos personales de adorno explicaría las pequeñas trasformaciones producidas a lo largo del tiempo, que solo tienen que ver con los cambios en los gustos ornamentales, alejados evidentemente de cualquier sentido funcional que hubiese implicado cambios profundos no solo en lo formal, sino también en la estructura funcional del objeto estudiado.

Precisamente se asiste a una lenta evolución que se ralentiza en aquellos periodos en los que los contactos con los ambientes foráneos son más escasos, o —si existen— cuando se establecen entre comunidades de parecida situación cultural en las que no hay diferencias significativas de lo que podríamos llamar, haciendo uso de la terminología marxista, *desarrollo desigual* (Amin, 1979). En cambio, cuando encontramos un salto cualitativo entre los estados evolutivos de los mundos que entran en contacto, las transformaciones producidas se hacen más patentes y parecen coincidir con el momento concreto de los separadores que aquí se estudian. Conforme avanzamos en los tiempos prehistóricos y nos acercamos a los protohistóricos e históricos esas diferencias se han hecho más patentes.

En los tiempos prehistóricos las diferencias evolutivas que se van produciendo afectan básicamente al tamaño de los objetos considerados, debidas a la adecuación de los mismos al diferente tamaño de los collares en que se emplearon, estando relacionadas esas transformaciones con el tipo de cuentas utilizadas en cada collar. De modo que es apreciable una variación al alza en las dimensiones del separador, en un volumen que es proporcional al tamaño de las cuentas y al peso de las mismas. Por regla general, cuanto más antigua sea la época del hallazgo, el tamaño tiende a ser mayor, ya que la tecnología seguía siendo muy rudimentaria y determinados materiales usados como soporte de los separadores eran muy difíciles de reducir en volumen, o se hubiese requerido para ello bastante tiempo, algo no siempre disponible en épocas demasiado antiguas. Del mismo modo, era la propia tecnología la que estaba muy mediatizada por su escaso desarrollo para permitir la realización de perforaciones perfectamente efectivas en todos los materiales utilizados, de manera que existían limitaciones que solo pudieron salvarse con el paso del tiempo. Perforaciones más precisas, en soportes más pequeños, se hicieron factible a medida que la técnica mejoró. Por último, creemos que en los momentos finales de ese desarrollo que aquí se estudia, los separadores ganan en dimensión por la parte frontal, adecuando un espacio necesario para determinadas decoraciones que se pusieron de moda con las importaciones de productos exóticos orientales, que entonces exigían un espacio extra para el desarrollo de los nuevos repertorios ornamentales y de la iconografía religiosa llegada de la mano, fundamentalmente, de los fenicios.

Es indudable que esa mejora facilitó la complicación de los motivos decorativos frontales en algunos de los nuevos separadores orientales, ya fuesen originales o imitados. Así, se llegó a trepanarlos perpendicularmente respecto de la dirección de las perforaciones, lo que dio como resultado auténticas filigranas ornamentales, frecuentes en otros horizontes culturales como el egipcio y que se ha constatado indirectamente por la colonización semita. Probablemente, este tipo de aplicaciones en collares de cordones paralelos tuvo su réplica más sencilla en soluciones más simples que sí se conocen en la Península gracias a amuletos fenicio-púnicos, como los encontrados en Almuñécar (Molina y Padró, 1983: fig. 2), que ya abrían una nueva vía, derivada del mismo origen pero diferente a lo que habían representado los separadores de hileras en collares de varias vueltas paralelas.

II. SIGNIFICADO Y FUNCIONALIDAD

Desde nuestras propias consideraciones, los separadores no ofrecen excesivas dudas respecto de su significado como artilugio complementario de los aditamentos de **exorno** personal. Concretamente, debieron de usarse como pie-

zas de separación de los hilos que se cargaban de cuentas en collares de varias hileras. Por ello, parece apropiado utilizar el término de *separadores de hileras de collar*, o incluso —como hacía Siret— el de *placas de collar*.

Pero no siempre se ha aceptado la misma interpretación. En los últimos años han alcanzado cierta consideración, conclusiones y terminologías expuestas por otros autores, a partir de ciertos hallazgos prehistóricos neolíticos recuperados en cuevas andaluzas mal estratificadas o en contextos mal definidos. La evolución de estas interpretaciones divergentes de nuestra posición, y que implican diferente funcionaldad, cubren un espectro que incluiría mayoritariamente a los separadores prehistóricos peninsulares y se inició con su explicación como *tensadores textiles*, para pasar luego por lecturas algo diferentes pero casi siempre en relación con las antiguas manufacturas de telas: *placas* y *barras multiforadas, guía hilos*, y *separadores de hilos*. Se trataría de una dialéctica terminológica algo compleja por la incorporación de nuevas denominaciones, fruto de mixtificaciones entre ellas, pero que se separan claramente de nuestra nomenclatura y, evidentemente, de la más apropiada función que creemos ejercieron estos objetos.

En este sentido, comprender la cantidad de denominaciones que se han ofertado obligaría a justificar la distinta e imprecisa utilidad que, en ocasiones, se ha querido dar al objeto estudiado. Pero el problema de la diversidad de denominaciones tampoco tendría una excesiva importancia, si no fuese por la sorprendente e inconsistente relación que se ha querido ver entre estos objetos y una primitiva industria textil de la lana, interpretada como «la más antigua técnica textil documentada en el Sur de la Península Ibérica».

Fue Meneses quien por primera vez (Meneses, 1990 y1991) relacionó los separadores con manufacturas de lana, aunque no les confiriera la función de tensadores textiles. Más tarde, otros investigadores relacionados con el estudio de los contenidos de la cueva del Toro de Antequera, Málaga (Martín Socas, Buxó *et alii*, 2004), justificaron la explotación de ciertos recursos animales, en función de una industria textil de la lana. Pero todo ello a partir de la presencia en el estrato III, posiblemente circunstancial, de cuatro de los citados separadores. Curiosamente, coincidiendo con en ese mismo año, en base a estudios específicos, se señaló (Martín Socas, Cámalich *et alii*, 2004) al esparto como materia prima para dicha actividad textil, desechando el uso de otras fibras blandas.

Se planteaba, así, una evidente contradicción, pero que resultaba aún más chocante al observar la indicación que esos mismos autores incluyeron sobre las huellas de uso de los separadores. Unas huellas en las que no se llegó a determinar «ninguna de las funciones detectadas», y en las que señalaron unos imprecisos orígenes, como la presión de hebras de un tejido, la cestería o algún indefinido etcétera. El estudio de referencia volvía a insistir en el uso de

los guía hilos, no sólo en la manipulación de la lana, sino también de las fibras vegetales, en especial el esparto; reflejo de una explotación de productos secundarios, como la leche y la lana. Todo, en un contexto de mayor atención a la cabaña ganadera.

Pero justificar la existencia de una industria textil con la presencia de una ganadería de ovi-cápridos en los yacimientos, sin entrar en otras argumentaciones más obvias, no alcanza a significar nada. Menos aún, si la explicación se apoya en una muestra irrelevante de restos óseos, principalmente de individuos jóvenes indiferenciados, cabras u ovejas, domésticas o salvajes, etc. En este sentido, ahondando en el estudio faunístico del citado estrato III en la Cueva del Toro, se comprueba no sólo que la mayoría de los animales sacrificados eran jóvenes, sino que —además— existe un descenso significativo de los porcentajes de oveja, en relación con los de cabra, y esto no es nada representativo para aceptar ni una mínima gestión lanar, si es que llegó a existir en alguna cueva del ámbito serrano andaluz durante el quinto milenio a.C.

En los estudios de la lana como fibra textil, tradicionalmente se han planteado importantes interrogantes en las investigaciones especializadas, de las que tenemos una amplia muestra bibliográfica (Ryder, 1983; Alfaro Giner, 1984 y 1989; Masurel, 1984; Stordeur, 1989; Barber, 1992 y Cardito Rollán, 1996) que, aunque se alejen de los presupuestos de este trabajo, seguimos en cierta medida. De este modo, la actividad textil lanera implicaría una notable simpleza de conocimientos, pero sin descartar al mismo tiempo una cierta elaboración, lo que alejaría su manipulación de muchas comunidades y, posiblemente, también fuera del alcance de las poblaciones que citamos. Estamos hablando de aspectos como la obtención de materia prima mediante esquilado, muy próximo a la piel; siendo importante que las fibras tengan una longitud uniforme, ya que las fibras cortas son difíciles de hilar. En este aspecto, aunque sabemos que las hojas de sílex pudieron hacer la función de tijeras, no se ha contrastado su uso experimental como herramienta para esquilar y desconocemos hasta qué punto fueron eficaces.

Por otra parte, la lana se obtiene de la oveja doméstica, pues los individuos salvajes tenían una primera capa, corta y lanosa, que estaba cubierta por una capa de pelo largo, tosco y recto, que ha desaparecido a lo largo del tiempo con la evolución de las variedades domésticas. Aspecto que debía repercutir en la calidad de la lana, cuya mejora dependió también de la nutrición y el cuidado del animal, así como del clima donde se desarrollaba el pastoreo. Posteriormente, el proceso de obtención de lana sería más elaborado, así vendría el lavado, la apertura de copos, cardado, hilado, devanado, enmadejado, etc., con utensilios específicos que no están bien representados en el registro arqueológico del Neolítico y, por ello, desconocemos si realmente existieron para su uso en esas actividades. Las opiniones en contrario de otros autores, tam-

bién se han puesto de manifiesto, pero que no creemos necesario exponer aquí, ya que siempre adolecen de una suficiente contrastación científica.

Sintetizando la problemática expuesta, cualquier actividad textil de ese tipo correspondería con una actividad intrínsecamente asociada a las actividades de pastoreo, orientada a los suministros derivados de la oveja. Pero no sabemos si las primeras ovejas introducidas, o domesticadas, producirían lana suficiente o de calidad para un adecuado procesamiento textil. Tampoco que tal actividad fuese desarrollada por estas primeras sociedades neolíticas, ni menos aún en estos enclaves serranos de altura, donde se localizan los yacimientos de referencia. La arqueo-fauna documentada no indica esta tendencia en la gestión del ganado, especialmente en la Cueva del Toro. Aquí, a partir de un corto registro, bastante inespecífico, se ha deducido un porcentaje grande de animales jóvenes sacrificados y un mayor número de cabras en relación con las ovejas, particularmente en ese tercer estrato donde aparecieron los separadores.

Estos datos indican una gestión del ganado más orientada hacia la dieta alimenticia, en lugar de cualquier otra finalidad. Gestión que, además, ocuparía un largo período de tiempo, al menos durante el Neolítico Antiguo y Medio en los hábitats rupestres del Subbético andaluz. No tendríamos ni un solo elemento arqueológico directo que indique lo contrario, pues incluso las posibles improntas y motivos decorativos de cerámicas neolíticas, como se ha insinuado en el ámbito levantino (Alfaro Giner, 1989), relacionables con tejidos, cordelería y cestería, en un proceso que pasaría desde su aplicación y desarrollo de las materias blandas (motivos en tejidos) a las materias duras (decoraciones cerámicas), pensamos que difícilmente es aplicable —ni probatorio— de la existencia de un uso textil de la lana.

Otra prueba indirecta sobre las prácticas textiles antiguas, derivada de la falta de datos más concluyentes, ha girado en la consideración de la presencia de fusayolas y pesas (de telar). Desde los contextos arqueológicos más antiguos de la Edad del Cobre, ha venido utilizándose como dato especialmente probatorio de actividades textiles; aunque, de igual forma, sigamos sin saber con precisión el tipo de fibra utilizada en cada caso, ya se tratase de materia vegetal o animal. En definitiva, la lana es una materia que, como indica Cardito, «por el momento, arqueológicamente, no podemos constatar en el Calcolítico aunque no es improbable que se utilizase» (Cardito Rollán, 1996).

En tiempos más recientes se va ganando en seguridad a la hora de afianzar ciertas tareas textiles y, con casi total seguridad, podría ya hablarse de ovejas laneras a finales de la Edad del Bronce, aunque sin descartar que el uso de la lana como materia textil pudo ocurrir en momentos anteriores dentro de ese mismo período, y sin que constituyese un fenómeno generalizado. El registro arqueológico actual, solo documenta algún resto de tejido de lana, jun-

to a otros de lino, en una tumba argárica tardía de mediados del segundo milenio a.C. en los Castellones de Galera (Molina González *et alii*, 2003) [2]. Al margen de este documento, aún por confirmar, es evidente que todos los restos de tejidos que se conocen fueron realizados con fibras de origen vegetal, siendo posiblemente las procedentes del lino las más utilizadas, más que nada por su aparición en las tumbas argáricas. Sin embargo, el lino constituye un material algo rígido que se suele utilizar en la trama y que, generalmente, no solía emplearse en fechas antiguas para el tejido completo (urdimbre y trama), y sí para ciertos festoneados y resaltes de otros tejidos confeccionados mediante gramíneas sinantrópicas que producirían una confección más suave y cálida al tacto.

Uno de nosotros, hace algunos años, dio a conocer en un trabajo colectivo (Capel Martínez *et alii*, 1981) un gran fragmento de tejido que, según su descubridor, pertenecería al vestido de un inhumado en un enterramiento múltiple en covacha con una cronología del Cobre/Argar, localizado en los Tajos del Cacín (Alhama, Granada). La materia prima con que se confeccionó el tejido correspondía a una planta de la familia de las gramíneas [*Pucinellia (glyceria) distans*], propia de suelos húmedos y encharcados que puede ser utilizada como materia textil. Junto a esta gramínea, que forma la trama y urdimbre del tejido, es claro el uso de lino blanco para realizar un remate sobre el único borde conservado del mismo. Esta solución vuelve a repetirse a cinco cms. de distancia del citado filo. Además, adheridos al tejido se han encontrado restos de gluma de *Stipa*, planta perteneciente también a las gramíneas e, igualmente, en el entramado del tejido se incorporó *Medicago littoralis,* el vulgar «carretón» o «mierga» del grupo de las leguminosas. En cuanto al proceso de elaboración, hubo un tratamiento previo de la materia prima, consistente en el majado o mazado de la misma; posteriormente se lió para —finalmente— elaborarla mediante telar, como probaría la gran homogeneidad existente en el entramado de la tela.

Esta prueba arqueológica que se acaba de señalar indicaría la cantidad de fibras textiles de origen vegetal obtenidas de plantas leguminosas, forrajeras, gramíneas, etc., que se pudieron utilizar durante la Prehistoria, para la elaboración de tejidos. Su variedad es innumerable y difícil de cuantificar, pues la investigación peninsular se ha centrado principalmente en el uso del lino y de la lana, primordialmente asociados a la aparición de testimonios indirectos. Sin embargo, la confección de tejidos elaborados —como el de los Tajos de Cacín—

2 Al parecer, según información de nuestra compañera M.ª Oliva Rodríguez, el gorro del enterramiento infantil se había realizado en esta fibra animal.

requirió del uso de telar, así como de pesas y fusayolas, por lo que en sí mismas no justificarían el conocimiento de la lana o de su utilización textil.

Parece evidente que las propiedades textiles de la lana, una vez conocida, fueron plasmadas en tejidos que gradualmente sustituyeron —en un proceso no cuantificado— a los tejidos con fibra vegetal. El uso textil de la lana requeriría unas condiciones socioeconómicas impropias de ambientes neolíticos serranos, siendo más factible a partir de finales de la Edad del Cobre, aunque muy posiblemente lo fuese a partir de mediados del segundo milenio; cuando la lana adquiera su verdadera importancia para la elaboración de tejidos, asociada a la aparición de otros artilugios relacionados con ellos, como botones metálicos, fíbulas, etc. Precisamente, sería la industria lanera, posiblemente, uno de los recursos secundarios que más influiría en el desarrollo socioeconómico de la Edad del Bronce. De hecho, para algunos investigadores, el segundo milenio estaría caracterizado por la intensificación de los productos secundarios procedentes de la ganadería, como la lana y derivados de la leche, resultado final de una especialización y selección en la composición de la cabaña ovina (Sherrat, 1987).

Tras estas sucintas reflexiones sobre las posibles actividades textiles prehistóricas, no parece muy probable el uso de la lana como fibra en estos momentos antiguos, por lo que también resulta inconsecuente derivar ese tipo de actividades de elementos arqueológicos como los separadores, pese a las interpretaciones habidas en este sentido y que se han señalado. En definitiva, nos sigue pareciendo innecesario e injustificable aceptar la utilización de estos supuestos tensadores para la manipulación de la lana; la misma configuración tecnológica de los separadores difícilmente podrían haber garantizado un uso eficaz en cualquier manipulación textil.

Al margen de la lana, tampoco sería aceptable su utilidad en la elaboración de urdimbres y tramas de esparto machacado y tratado, al menos en el sentido esperado para el uso textil que se ha pretendido adjudicar a esta fibra vegetal. Este rechazo sería ampliable, con mayor sentido, a la pretensión del uso de separadores para la realización de cestería, lo que pudo implicar el uso del esparto sin machacar en el trenzado de la pleita. Si los denominados tensadores no tenían función alguna para realizar tejidos de lana, menos debieron tenerla para realizar entramados de esparto o pleita, pues la misma tradición artesanal ilustra, hasta nuestros días, un proceso de elaboración a mano, sin ayuda de instrumento alguno, como se ha argumentado suficientemente (Alfaro Giner, 1984).

Los separadores constituyen unos pequeños artilugios incapaces físicamente para —por sus perforaciones— admitir los sucesivos elementos de esparto que acaban por configurar la urdimbre. De igual forma, la trama tampoco podría realizarse forzando los posibles tensadores, que verían imposibilitada su tarea

por los continuos atranques; todo, en el supuesto de pasar sólo una o dos fibras de esparto por las perforaciones, que prácticamente no darían lugar a ningún tipo de entramado aceptable. No debe olvidarse que el trenzado del esparto (la pleita) se configura por haces de fibras, que dan el grosor y la entidad necesarios; sus entrelazos a mano adquieren la longitud requerida por la sustitución continuada de los hilos en un proceso descrito por C. Alfaro (Alfaro Giner, 1980). Nosotros hemos conocido este proceso de primera mano hasta no hace demasiado tiempo en muchos pueblos andaluces, en los que ha sido frecuente la elaboración de capazos de esparto para usarlo en los molinos de aceite y donde representaba una labor de artesanía para las que nada hacía necesario el empleo de los supuestos tensadores. Su posible utilización en pleitas de fibras de esparto sin machacar, más hirsutas y menos flexibles, de uniones más complicadas y el imprescindible corte de cabezas de fibras, una vez terminada la pleita para configurar el recipiente, la estera, etc., nunca hubieran permitido el paso por las perforaciones del separador.

Por todas las razones expuestas, los tensadores solo hablarían de una supuesta función que nada tendría que ver con la producción textil, ni tal actividad estaría justificada en ninguno de los yacimientos que antes se señalaron, incluyendo la Cueva del Toro, donde más se ha incidido desde otras instancias para atestiguarlo. De todo ello, sí es de interés la observación de la Dra. Meneses sobre las huellas de uso observadas en las perforaciones de los separadores, que ella atribuye al esparto; aunque sin entenderlo como materia prima textil para tejer. En lugar de ello, estima que el esparto configuraría un pequeño cordel formado probablemente por dos fibras de pequeño calibre, que —retorcidas sobre sí mismas— configurarían un tosco hilo de anchura media aproximada de 3 mm., donde se engarzarían las conchas y grandes cuentas neolíticas, propias de un collar no demasiado complejo. La presencia de varias hileras de collar obligaría, para su mejor presentación pectoral, a la existencia de estos separadores. En ellos, el continuo roce de los cordelillos de esparto sobre sus perforaciones daría lugar a las huellas de uso detectadas por esta autora.

Para apoyar esta opción, que es la que aquí defendemos, resulta orientativo el posible collar procedente de la Cueva de los Murciélagos (Góngora Martínez, 1868: 30-31), que también ha descrito C. Alfaro (Alfaro Giner, 1980). Realizado en esparto, con una serie de anillos engarzados de la misma materia, tuvo una clara función de separar y colgar conchas. Es decir, dar relevancia y diferenciar las cuentas, como adornos u objetos de prestigio, en collares pectorales de una sola hilera. Collares de hileras múltiples, con el uso de este mismo sistema, tendrían más difícil explicación en lo que se refiere a una disposición pectoral, si no es con la utilización de separadores como los estudiados que aquí sí tendrían una justificada funcionalidad.

III. HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES

El reducido repertorio de hallazgos que ilustra la serie de separadores que podemos situar, con pleno convencimiento en el período que aquí estudiamos, se circunscribe a cinco localizaciones que, quizás podrían extenderse a una sexta, si podemos demostrar que se trata de un separador de finales de la prehistoria. Estos hallazgos, además, coinciden con una situación genuinamente meridional en la Península Ibérica. Más concretamente, en el sureste de la misma, explicando esta geografía lo que ya veníamos diciendo sobre las últimas transformaciones que afectaron a la larga tradición prehistórica de separadores peninsulares: el impulso de cambio que sobre los mismos ejercieron los contactos indígenas con los pueblos mediterráneos. Un impulso que, desde los fenicios, afectó indudablemente a ese mediodía, pero especialmente a la costa meridional y a Levante; respecto de los cuales, el sureste conforma un espacio central en el que tales novedades debieron tener una especial incidencia, de la que es un reflejo de importancia lo que apreciamos en los separadores analizados.

Los hallazgos en cuestión se corresponden con descubrimientos realizados en las provincias de Albacete, Alicante, Almería y Granada, en diferentes épocas de la investigación arqueológica, por lo que los presentaremos ordenados en orden de antigüedad respecto de sus respectivas apariciones.[3] Con ello, trataremos de ilustrar el progreso de la historia de las investigaciones, referida a los separadores que se van a considerar; así como la evolución que ha habido respecto de su interpretación y, sobre todo, intentaremos ofrecer la matización temporal que cada uno de ellos ha venido recibiendo en asociación con el propio avance del conocimiento general de la prehistoria y protohistoria peninsulares, prácticamente a lo largo del último siglo de su desarrollo:

III.1. **Herrerías (Almería)**

Este yacimiento fue explorado por Luis Siret, cuando regentaba las explotaciones de la Compañía de Minas de Sierra Almagrera. Desgraciadamente no disponemos de fechas totalmente exactas para situar las investigaciones arqueológicas en todos y cada uno de los sitios arqueológicos que investigó, solo o en compañía de su hermano Henri y con la más directa colaboración de su capataz Pedro Flores; pero podemos presumir que estas investigaciones debieron desarrollarse entre finales del siglo XIX y antes de que acabara la primera década

3 Supone una excepción en esta organización la inclusión, en último lugar del separador de la Covacha de la Presa, que tampoco deberíamos incluir aquí por ser claramente prehistórico, pero cuya interpretación como producto del Bronce Final, requiere una pequeña reflexión.

del XX. En este sentido, la deducción parece fácil pues la primera noticia que tenemos del hallazgo se hizo pública en 1906: precisamente, en la publicación en castellano que hizo sobre Villaricos y Herrerías (Siret, 1906: fig. 36: 3) señaló la presencia de un pasador (Fig. 1: 3, arriba) indicando que se trataba de una «vareta de hueso con agujeros, característica de la edad del hierro», representándola junto a una serie más amplia de objetos diversos. Esa misma representación la hemos reproducido fielmente en nuestra figura 1, recogiendo el conjunto de materiales que Siret hacía proceder en cada caso de ajuares de diferentes tumbas. Entre todos ellos, acabó destacando que el separador se correspondía con los contenidos de la tumba n.º 3 de Herrerías.

Sabemos que no fue esta la última vez en la que el autor hablaría de este peculiar tipo de artilugio, aunque no parece que lo hiciera en concreto del mismo hallazgo. En efecto, Siret volverá a referirse de nuevo a estos separadores, hablando en general de los mismos y especificando que fueron varios los que encontró en sepulturas del Hierro. Este dato lo dio a conocer en un posterior trabajo, publicado junto con su hermano a principios de la década siguiente (Siret, L. et H., 1913: 125, fig. 21), aprovechando la circunstancia para reproducir uno de los nuevos separadores (Fig. 1: 2, abajo) que, ciertamente no es el de Herrerías, puesto que el último ofrece siete perforaciones, frente a las cinco del primero. Mucho más interesante son las nuevas observaciones que los Siret harán en este trabajo; así, con ocasión de una referencia sobre las cuentas de collar de los hallazgos británicos, señalará que:

> «Las cuentas británicas de cristal se asocian a collares de azabache, ámbar y hueso de un tipo muy conocido en el continente y que caracteriza el periodo hallstático: estos collares tienen varias hileras de perlas mantenidas en posición por la interposición de placas perforadas de agujeros para el paso de los diversos hilos (fig. 21)…
>
> He aquí aún un hecho interesante: las más antiguas sepulturas de la Edad del Hierro hispánica donde la presencia de objetos fenicios permite colocar aproximadamente en los siglos VIII o VII, me han dado varios ejemplares de un pequeño objeto de hueso (fig. 21, n.º 2), cuya función se me había escapado en un principio, pero que he podido identificar con las placas de collares hallstáticos de varias hileras de cuentas. Así pues, el fin del Bronce nos da en Iberia las cuentas con lados transversales, y a comienzos del Hierro las placas de collar hallstáticas, dos series de objetos que los arqueólogos ingleses sincronizan aproximadamente y colocan desde el siglo IX al VII»[4].

4 El texto original de Siret que hemos traducido señala literalmente:
«Les perles en verre britanniques sont associées à des colliers en jais, ambre et os d'un type bien connu sur le continent et qui caractérise la période hallstattienne: ces colliers sont à plusieurs rangs

El texto resulta muy significativo, pues Siret lo que está planteando es su posicionamiento en la clara relación de los separadores que cita con el mundo fenicio en la Península. Una evidencia que no es difícil de comprender, sobre todo si aislamos esa consideración de los hallazgos previos en horizontes prehistóricos, sin los cuales es posible su aceptación sin género de dudas. Pero desde un punto de vista más equilibrado no deberíamos obviar la existencia de prototipos prehistóricos, con los que la situación resulta más compleja de lo que parecerían exponer determinados hallazgos aislados. Pese a la dificultad de interpretación que hoy ofrece el ejemplar de Herrerías, no es nada aventurado asociarlo como hace Siret con el horizonte protohistórico orientalizante y el ambiente fenicio, en consonancia con lo que también podrían apuntar, si no todos, buena parte de los hallazgos peninsulares que luego evidenciaremos, pese a que tampoco estén exentos de una cierta polémica.

Al margen de la imposibilidad de reconstruir con exactitud el contexto que pudo acompañar el separador de Herrerías, es indudable que Siret no pudo equivocarse demasiado al asociar el hallazgo con tumbas de la Edad del Hierro en las que era habitual la presencia de objetos fenicios, como luego comprobaron las posteriores excavaciones de M. Astruc en las necrópolis de ese mismo entorno, concretamente en la de Villaricos, pese a que en esta ocasión no pudieron ampliarse los hallazgos de placas perforadas de collar (Astruc, 1951) [5].

III.2. **Peñón de la Reina (Almería)**

De los hallazgos ibéricos que se han asociado al horizonte fenicio tenemos que señalar, tras los citados en las antiguas publicaciones de Siret, otras dos recuperaciones andaluzas que se produjeron en un momento en el que ya

---

de perles maintenus en position par la interposition de plaques percées de trous pour le passage des divers fils (fig.21)…

Voici encore un fait intéresant: les plus anciennes sépultures de l'âge du fer hispanique que la présence d'objets tyriens permet de placer aproximativement au VIIIe ou VIIe siècle, m'ont donné plusieurs exemplaires d'un petit objet en os (fig. 21, n.º 2) dont la destination m'avait au premier abord échappé, mais que j'ai pu identifier avec les plaques des colliers hallastattiens à plusieurs rangées de perles. Ainsi donc, la fin du bronze nous donne en Ibérie ñes èrles à côtes transversales, et le commencement du fer les plaques de collier hallstattiennes, deux séries d'objets que les archéologues anglais synchronisent à peu près et placent du IXe au VIIe siècle».

5 Posteriores investigaciones en estos yacimientos tampoco han aportado elementos de interés para el trabajo que desarrollamos (Almagro-Gorbea, 1984) y, aún más tarde, desde los años noventa del pasado siglo (Rodero *et alii*, 1996 y 2000) se están estudiando los materiales y la documentación escrita sobre el yacimiento que esperemos sirvan para contextualizar los hallazgos de Siret y dotarlos de una cronología mucho más concreta.

era posible establecer unas estructuras cronológicas de enorme interés para la interpretación cultural de los hallazgos que tratamos. De ellas, la primera es la del Peñón de la Reina, lugar que se sitúa en un espolón rocoso, al norte de Alboloduy y al otro lado del río Nacimiento (ribera izquierda), donde se asienta la población actual. El yacimiento representa un hábitat con vestigios que parecen evidenciar un poblamiento continuado en sus momentos finales, sin cesura cronológica entre la época argárica y los últimos avatares del Bronce Final en la zona [6], cuando son apreciables los contactos con el mundo colonial fenicio. De toda esa secuencia, la fase más potente estratigráficamente correspondería precisamente con el Bronce Final, en la que sus excavadores fueron capaces de delimitar tres fases que fecharon entre la segunda mitad del siglo VIII a.C. (fase IIIa) hasta un momento avanzado del siglo VII (fase IIIc). Todo, integrado en un análisis arqueológico en el que se exhumaron hasta diecisiete estratos repartidos entre un total de treinta y cinco cortes estratigráficos.

Por la propia descripción de los autores de esta investigación, no queda demasiado clara la adscripción de cada uno de los estratos a las diferentes fases, ni tampoco la correspondencia de los mismos en los distintos sondeos realizados, ya que tampoco la publicación existente ofrece un recorrido exhaustivo por todos y cada uno de los cortes que finalmente se excavaron (Martínez y Botella, 1980). No obstante, la relativamente corta potencia de los estratos, en torno a una acumulación máxima de alrededor de los tres metros, en los lugares con mayor estratificación, y la presencia de evidencias arqueológicas, fundamentalmente cerámicas, bastante conocidas, permitieron unas adscripciones no demasiado problemáticas y que han sido asumidas por quienes, de algún modo, se han acercado a este yacimiento con posterioridad.

El separador de este yacimiento (Figs. 2:9 y 3: arriba) se recuperó en la casa n.º 4 [7], en la que se señaló una potencia estratigráfica de unos treinta cms., pero en la que no se delimitó ninguna separación de niveles de ocupación, salvo la indicación expresa de que existía un primer relleno de nivelación con tierra apisonada. Es difícil, por tanto, saber si el pasador que aquí se encontró procede claramente de horizontes prefenicios, o de algún otro ya en contacto con el mundo semita; detalle que ahora es de gran importancia si queremos establecer una secuencia evolutiva solvente.

6 Existe un horizonte previo neolítico que nada tiene que ver con el grueso de los rellenos estratigráficos.

7 (Martínez y Botella, 1980: 177, 237-269, figs. 192-221). Las imágenes que recogemos del separador proceden de la fig. 215 y de la lámina XXXV. A esta última le hemos añadido (Fig. 3: arriba) una reconstrucción hipotética, considerando la posibilidad de que solo hubiese tenido tres perforaciones, como no es infrecuente entre los modelos de época fenicia o semitizante.

Los materiales que al parecer acompañaban al objeto en cuestión van desde fuentes con decoración bruñida, cazuelas a mano con carenación alta y asas de pestaña perforadas, así como soportes de carrete, cuencos diversos, ollas y vasos de perfil en ese, todo a mano, junto a un interesante repertorio de formas a torno, algunas de ellas pintadas. Entre estas últimas, sobresalen los *pithoi* con asas geminadas en el borde y una variada muestra de ánforas de hombro marcado y borde almendrado, que se confeccionaron a torno. El resto del material destaca por la presencia de dientes de hoz, pequeños cuchillos, algunos punzones de hueso y mínimos elementos metálicos, entre los que debe señalarse la aguja arqueada de una fíbula, con restos de dos espiras del muelle, que por su configuración podría haber pertenecido a una fíbula de codo.

El conjunto de estos restos materiales no podría remontarse más arriba del Bronce Final, ni tampoco más acá del horizonte de influencia temprana fenicia, por lo que lo más lógico sería que el separador estuviese bien contextualizado en los momentos finales del yacimiento, relacionándose plenamente con los momentos orientalizantes; en los que sabemos que los separadores vuelven a tener de nuevo importancia, tras el olvido en que se vieron sumidos en tiempos prehistóricos, concretamente desde época previa a lo argárico. Pero tampoco puede descartarse totalmente, dadas las condiciones que conocemos del yacimiento, así como la falta de un mayor detalle sobre su estratigrafía, que pudiera proceder también del horizonte neolítico detectado en el mismo. Pese a todo, la extrema configuración plana del separador, con algo más de un centímetro de anchura, parecería más acorde con los ejemplares más recientes, en los que la adición de elementos decorativos en sus caras planas, como expresa un ejemplar de Achziv del que luego hablaremos, requeriría de un espacio figurativo mayor y lo alejaría de los prototipos plenamente prehistóricos, cuando primaba la funcionalidad sobre los intereses estéticos.

En último término, debemos indicar que el separador de Alboloduy se presenta hoy incompleto, habiéndose conservado solo dos agujeros y la mitad —aproximadamente— de un tercero, que se situaría en la parte inferior del fragmento conservado. Por ello, parece muy probable que originalmente se tratase de un ejemplar más grande y dotado de mayor número de perforaciones; circunstancia que, si atendemos al modelo de Achziv, podría arrojar al menos un total de tres, lo que también lo alejaría de los casos más antiguos en los que se encuentran siempre muchos más orificios. A eso se debe la reconstrucción que hemos añadido al final de nuestra figura 2 (arriba).

III.3. **Cerro de Los Infantes (Pinos Puente, Granada)**

De este sitio, en realidad, proceden al menos dos separadores, de los que el primero sería el más antiguo recuperado después de el de Herrerías. No obs-

tante, tratando de no repetir dos veces la referencia al mismo sitio, dado que el segundo ejemplar es más tardío, optamos por presentarlos conjuntamente, puesto que además los dos proceden del mismo yacimiento.

El primero de ellos, alude significativamente a los referentes prehistóricos que se han destacado en estas producciones, aunque las circunstancias del hallazgo no facilita una mayor concreción. Este separador se descubrió casualmente a finales de los años setenta, debido a un empleado de la cafetería de la Facultad de Letras de Granada, D. José Amezcua, aficionado a la arqueología que, al hilo de nuestra publicación, nos enseñó otro ejemplar procedente del Cerro de los Infantes de Pinos Puente (Granada), yacimiento excavado parcialmente y con una amplia bibliografía, sobre la que insistiremos posteriormente. Su dibujo a lápiz ha estado en un cajón de la mesa de uno de nosotros (J. Carrasco) casi treinta años. Corresponde a una pieza completa con diez perforaciones, siguiendo como es habitual un eje central, realizada en hueso muy hidratado y con restos evidentes de la acción del fuego. Tiene una longitud de 52 mm.; anchura máx. 6 mm. y un grosor de 5 mm., de planta pseudo-rectangular. Los taladros son de perforación cilíndrica (Fig. 3:1).

Esta pieza se convierte en la más grande de todas las que componen el repertorio aquí recogido, sus diez perforaciones suponen doblar las del primer separador de Herrerías y superar en tres orificios el segundo de los publicados por Siret. Indudablemente ese mayor tamaño parece definir una tendencia más propia de los momentos prehistóricos y se distancia enormemente de los prototipos claramente orientalizantes que estaría aquí representado por el caso de Peñón de la Reina, que hemos comentado y que parece que sólo tuvo tres agujeros. Curiosamente, el primer separador de Pinos Puente tiene mucho que ver con el segundo de la misma procedencia que, aunque incompleto, ofrece un perfil general y un diseño que lo hace muy cercano a este, aunque la interpretación arqueológica apuntaría a un momento posterior (Fig. 3:2).

En este caso, aunque corresponda también con un hallazgo casual, los caracteres pueden paralelizarse bastante con el anterior. Algo más pequeño (4,2 cm. de longitud), es de sección lateral semejante (c. 5 mm.), pero la frontal es mayor (c. 10 mm.) y ofrece un número de perforaciones mucho menor, solo cinco orificios, pero dispuestos de un modo más irregular, al no presentarse tan alineados como en el caso anterior y sin mantener una distancia semejante entre ellos. Igualmente esos orificios no parecen, en sí mismos, demasiado regulares, por lo que también podría achacársele a su primitivismo, aunque no podamos descartar que el pobre resultado se debiera a la calidad del soporte, un hueso demasiado poroso que no parece haber garantizado siempre unas perforaciones más uniformes. En conjunto, la reducción general de dimensiones de este segundo separador podría apuntar inicialmente hacia un periodo más reciente, pero no creemos tampoco que nos alejemos del mundo

prehistórico, porque la mayor sección transversal no se ve acompañada por el necesario ensanche de la cara frontal, como ocurre en casos modernos como el de Alboloduy.

En cuanto al tercero de los separadores de la misma procedencia, tiene la ventaja de ser el único que dispone de referencias contextuales de interés. Se recuperó en la ladera sureste del yacimiento, donde precisamente se excavó un interesante corte estratigráfico. Nos referimos concretamente al n.º 23, que —con casi seis metros de potencia estratigráfica— sirvió para estructurar una secuencia protohistórica de indudable valor para la comprensión de la evolución cronológica y cultural de toda la comarca. El corte, realizado en 1980 (Mendoza *et alii*, 1981) [8], permitió a sus excavadores dividir la evolución del yacimiento, mediante el concurso de otros sondeos realizados en distintos sitios del asentamiento, en nueve periodos sucesivos que iban desde la Edad del Cobre a tiempos medievales bajo dominio musulmán. En todos ellos se apreciaron, no obstante, cuatro periodos de vacío (*hiatus*), correspondientes al Bronce temprano, un segundo perteneciente al inicio del Bronce Final, el tercero coincidente con el Ibérico Inicial, aunque se hizo notar que existían elementos superficiales de este momento y, por último, un cuarto y final que se adscribiría al período romano tardío y visigótico, previo a la aparición de las influencias islámicas.

El separador, que se encontró en ese mismo corte número veintitrés, corresponde concretamente al estrato cinco, nivel que los excavadores hicieron coincidir con la fase tardía de finales del Bronce, también llamado por sus investigadores Preibérico; pero que correspondería en el contexto general del yacimiento al periodo Pinos Puente IV. A este momento no solo pertenece ese estrato, sino también el sexto; por lo que el pasador, si está bien situado (Fig. 4: p), se recuperó en el momento más antiguo de este horizonte IV, lo que quizás aludiría de forma indirecta a la mayor antigüedad del mismo y su posible relación con las fases previas [9]. Este separador conserva hasta siete perforaciones completas y una octava incompleta, siendo también imposible concretar con claridad el número exacto de agujeros que debieron existir en el objeto original, aunque pudieron ser más que los que se aprecian en el conservado de Alboloduy.

Ante esta diversidad de perforaciones en separadores que —en apariencia—son muy cercanos cronológicamente, debe recordarse que es conocido

8 Trabajo posteriormente traducido al castellano, aunque muy resumidamente (Molina *et alii*, 1983).

9 La ilustración en la que mostramos este pasador está tomada de la figura 14 del artículo de MENDOZA *et alii,* 1983, a la que solo le hemos añadido una escala gráfica y hemos cambiado las distancias entre los elementos representados para ajustarlo a nuestro propio marco editorial.

cómo los ejemplares prehistóricos recuperados en la Península suelen disponer de un número bastante abundante de perforaciones, aunque esto tampoco tendría que ser siempre un elemento significativo de antigüedad. Baste recordar que los casos recuperados por Siret, que siempre se relacionaron con la Edad del Hierro como se ha visto, también son en su totalidad más desarrollados y presentan más orificios que lo que parece mostrar el caso del Peñón de la Reina.

La presencia de un separador en el yacimiento granadino de Pinos Puente es de todos modos importante, si atendemos al interés que se le ha venido dando a la secuencia estratigráfica de este yacimiento en la que se recuperó. No obstante, el valor de la misma, basada fundamentalmente en la vertebración de todo el desarrollo cultural del sitio a partir del corte veintitrés y su estratigrafía, debe tomarse razonablemente con cierta prevención. Concretamente, la situación del corte de referencia en un lugar periférico del yacimiento, al pie de la elevación topográfica donde se asienta el hábitat del poblado que lo ocupó, no permite aceptar abiertamente una configuración permanente como hábitat. Ni tan siquiera como lugar de exclusiva funcionalidad productiva, como parece destacar el descubrimiento en el sitio de un horno de alfarero en los niveles más superficiales del sondeo (Contreras *et alii*, 1983), pero que tampoco debió cubrir cronológicamente todo el relleno arqueológico exhumado en dicho corte.

Queremos decir con esto que buena parte del relleno que pudo excavarse en esta zona del Cerro de los Infantes también pudo corresponder en parte a paquetes estratigráficos de arrastre, originados ladera arriba, lo que explicaría la ausencia de estructuras arquitectónicas por debajo de la fase de ocupación de la alfarería protohistórica; pero que tendrían que haber aparecido si ese área hubiera servido desde la base de la acumulación arqueológica como espacio doméstico, o incluso productivo. De este modo, si donde se levantó el horno existían unas tierras de muy segura procedencia de las cotas más elevadas, y las unimos con los propios detritus procedentes de la misma actividad alfarera, además de a las tierras arcillosas susceptibles de ser utilizadas como materia prima para el laboreo cerámico y que pudieron obtenerse de cualquier sitio cercano en el que abundan los elementos geológicos plásticos, es difícil asegurar para todos los objetos encontrados en este corte que realmente procedan de un horizonte cultural *in situ* o que perteneciera claramente a alguno de los periodos prehistóricos previos del yacimiento.

Esto parece lógico en las fases donde se ubicó el horno, concretamente en Infantes V (Protoibérico) que coincide con los estratos 5 a 11, lo que posiblemente excluya el hallazgo del separador que nos ocupa, procedente del horizonte previo (Infantes IV: Bronce Final tardío o Preibérico), pero por debajo de ese horno, es precisamente donde no hay estructuras que permitan asegu-

rar la estabilidad deposicional de los estratos encontrados, por lo que no podríamos tampoco aseverar si la secuencia cultural con que se interpretó todo ese relleno inferior, puede asegurar cada uno de los hallazgos en los márgenes cronológicos establecidos, descartando a ciencia cierta la procedencia de alguno de ellos de estadios culturales anteriores que también sabemos se dieron en el yacimiento y que pudieron acumularse en ese sitio por fenómenos erosivos desde zonas más elevadas del yacimiento en las que esos estadios se han comprobado arqueológicamente.

Con independencia de un debate que podríamos seguir desarrollando, resulta evidente que los separadores son conocidos en la Edad del Hierro y en el Mediterráneo, por lo que también es razonable aceptar la reactivación de su uso en la Península gracias al fenómeno fenicio. En tal caso, la situación del hallazgo granadino no repugna a la explicación existente. Pero, formalmente, cabría diferenciar suficientemente los casos prehistóricos de los puramente fenicios, o aquellos que se vieron influenciados por su cercanía cultural. El ejemplar de Pinos Puente parece más cercano a los prototipos prehistóricos, estrechos, alargados y con múltiples orificios, mientras que el de Alboloduy estaría más en la órbita de lo semita y de lo que se conoce en el Mediterráneo Oriental, donde es más frecuente un tipo de pasador menos largo y, en cambio, más ancho y que empieza a alojar un número de perforaciones mucho más reducido.

III.4. **Les Moreres (Alicante)**

A estos últimos hallazgos andaluces se unen otras recuperaciones funerarias del área levantina y del sudeste de la Meseta que, con independencia de los evidentes débitos o relaciones con lo fenicio que tuvieron algunos de ellos, podrían asegurar la filiación de este tipo de objetos al mundo indígena peninsular, en momentos previos a la llegada de las influencias fenicias. Nos referimos a algunos de los contenidos ajuáricos de las necrópolis de Les Moreres, en Crevillente (Alicante) y de La Huerta del Pato, en Munera (Albacete).

En la provincia de Alicante, el yacimiento de Les Moreres se significa por la existencia de una base poblacional de hábitat correspondiente a la Edad del Cobre, sobre la que se situó, alterando el sustrato prehistórico precedente una necrópolis de incineración en urnas que se ha venido fechando entre el Bronce Final y el período orientalizante bajo influjo fenicio, relacionada también con otro asentamiento del entorno de la Sierra de Crevillente, La Peña Negra. La excavación del yacimiento necropolar (González Prats, 2002) permitió delimitar dos fases de uso del cementerio, claramente diferenciadas por la presencia en la segunda de importaciones fenicias; mientras que la primera expresaba con garantía absoluta la existencia de un momento exclusivamente indígena, previo a cualquier contacto con el mundo semita.

En opinión de su excavador, el horizonte que él mismo denomina Moreres I abarcaría un desarrollo cronológico entre los años 900 y 750 a.C., caracterizado por la presencia en los enterramientos de urnas de tipo Parazuelos/Mojácar y Peña Negra I (formas B7 y B8). Se trata de incineraciones que se acompañaban con ajuares en los que eran habituales las cuentas de collar de piedra, brazaletes ovales de bronce y anillos del mismo metal, aunque tampoco faltaban cuentas de cobre, pasta vítrea (azul con entalles circulares) y brazaletes de marfil.

Por su parte, Les Moreres II extiende su desarrollo cronológico entre 750 y 625 a.C., significado por un cambio sustancial de las urnas, que ahora serían del tipo A2 de Peña Negra I y Ceperos, junto a la presencia de producciones a torno reflejadas en los tipos Rachgoun, Frigiliana, Mozia y Cruz del Negro. El resto de los ajuares se completaban con idénticos collares de cuentas de piedra, brazaletes ovales de bronce y anillos de bronce, con la diferente presencia de pinzas de depilar, brazaletes acorazonados, anillas de bronce, adornos de plata, fíbulas de doble resorte y cuchillos de hierro.

Un repaso a los contenidos de Moreres I y II arroja una coincidencia: la presencia de elementos comunes en las dos fases. Tal evidencia estaría significando, entre otras cosas, la continuidad poblacional de la comunidad que usó el sitio como necrópolis; mientras que los elementos distintivos, que diferencian uno y otro momento, señalarían la aparición de ajuares novedosos que deben asociarse a la influencia del mundo fenicio sobre las poblaciones indígenas del interior. No obstante, la existencia en Moreres I de cuentas de collar de pasta vítrea podría también indicar, si no la existencia de contactos directos con los reductos coloniales fenicios, al menos una prueba de conexiones comerciales con centros económicos semitas de más al sur, posiblemente andaluces, donde las fechas con que contamos pueden remontarse más arriba del 750 a.C.

La tumba en la que se encontró el separador de hueso corresponde a la fase I de la necrópolis, concretamente la n.º 10, constituida por una cremación triple en urna (Fig. 5: arriba), semejante a otras de las que conocemos en Andalucía, como en Cerro Alcalá por ejemplo (Carrasco *et alii*, 1982). Dicha urna, caracterizada por una base plana, el cuerpo globular y un cuello abierto en forma de tronco de cono y con cierto desarrollo, se acompañaba de una fuente de carenación alta y asa de botón perforado sobre esa carena, siendo su base igualmente plana. El conjunto funerario del enterramiento se completaba con un número importante de cuentas de collar de piedra y otro grupo menor realizado con láminas metálicas enrolladas de cobre o bronce, además de un brazalete del mismo material, abierto y con los remates ligeramente afinados (Fig. 5: abajo).

Las circunstancias de esta necrópolis en relación con los paralelos arqueológicos que han podido establecerse respecto del hábitat indígena de Peña Ne-

gra, así como con los contenidos investigados en el cercano yacimiento fenicio de La Fonteta [10], permiten ajustar más la cronología que separa las dos fases de la necrópolis de Les Moreres, pudiéndose situar las primeras tumbas de su segunda etapa entre finales del siglo IX y principios del VIII a.C. (González Prats, 2002: 376).

El separador encontrado en la tumba 10 (Fig. 5:5) no es tampoco muy significativo de los momentos prehistóricos, al menos no podría paralelizarse con los hallazgos más antiguos conocidos en los que es más frecuente un mayor desarrollo longitudinal, caracterizando la existencia de cuentas de collar de mayor calibre y, posiblemente más pesadas. En Moreres, las cuentas recuperadas también tienen unas dimensiones muy reducidas, por lo que su peso tampoco sería excesivo, lo que permitiría disponer de un separador más estrecho que tan solo reuniría cuatro hilos en los que ensartarlas.

Pese a que entre los separadores prehistóricos tenemos ejemplares suficientemente estrechos, como ocurre incluso en los casos tardíos de Cerro de los Infantes, el recuperado en Moreres ofrece otros detalles distintivos: así, frontalmente ofrece un mayor espacio practicable, en proporción al volumen total del utensilio. Ello lo acerca a modelos más propios del mundo fenicio y orientalizante, en los que ya se estaban realizando auténticos programas decorativos como veremos después en un ejemplar de Achziv (Fig. 6:abajo). En el caso de Moreres, la decoración también está presente, aunque todavía supone un escaso desarrollo y se observa una fuerte dependencia de la tradición decorativa geométrica anterior, lo que explicaría el uso de esa sencilla ornamentación de cinco pequeños círculos con punto central. Se trataría de una transformación muy expresiva, en un momento relativamente antiguo, que anuncia cambios futuros, aunque estos no parece que acabaran siendo todo lo revolucionarios que cabría esperar. Los separadores lisos siguieron fabricándose, como prueba el conocido de Alboloduy, donde el mantenimiento de ciertos atavismos no fue óbice para conjugarlos con cambios formales que sí ilustrarían los nuevos tiempos.

III.5. **Munera, Huerta del Pato (Albacete)**

El segundo separador no andaluz de todo el grupo recopilado hasta ahora es muy similar al anterior de Alicante, aunque su hallazgo haya quedado un poco en el olvido. Pese a que se trata de una recuperación muy anterior (Belda, 1963), concretamente del año 1961, su mejor conocimiento tuvo que esperar

10 Sobre este yacimiento existe ya una importante bibliografía debida al propio González Prats (1998, 1999, y 1999-2000) y asociados (González Prats y Ruiz, 1997, 1999 y 2000), así como al grupo científico franco-hispano que también ha venido investigando en el yacimiento (Rouillard *et alii*, 2007).

a que se hiciera pública la excavación de la necrópolis de Les Moreres y entendiésemos más adecuadamente su importancia. Precisamente, será el propio excavador de este último yacimiento quien vuelva al hallazgo de Munera, lo publique más convenientemente y renueve el interés por el cementerio albaceteño, casi cuarenta años después de su inicial descubrimiento (González Prats, 2000).

Desde el punto de vista de la contextualización arqueológica, poco podemos añadir a las consideraciones del prof. A. González Prats, en el sentido de que las cremaciones encontradas en Munera responden a una misma concepción mortuoria, propia de las sociedades indígenas que habitaban el sudeste peninsular a finales de la Edad del Bronce. Existiendo, por otro lado, notables influencias que unen las tierras bajas de la Meseta oriental, la periferia meridional levantina y un extenso territorio que abarcaba áreas andaluzas y murcianas. Posiblemente unificadas, en muchas manifestaciones culturales, por lo que a todo ese espacio se le ha incluido en el llamado mundo tartésico, cuyo hinterland alcanzaba sin dificultades estas áreas interiores del solar ibérico.

Desde luego, la inicial interpretación de que los restos mortuorios de la Huerta del Pato estaban relacionados con el fenómeno de los campos de urnas (CU) resulta hoy mucho más problemática, frente a la opción de acudir a la conexión del mediodía, dentro de los desenvolvimientos propios del complejo mundo del Bronce Final. Sin menoscabo, por supuesto, de ciertas influencias esporádicas de esos CU que sabemos existieron en algunos puntos de la Meseta, pero que siempre constituyeron fenómenos más epidérmicos y casuales.

Esas influencias septentrionales parece que estuvieron igualmente ligadas a los movimientos periódicos de la trashumancia ganadera. Un dinamismo económico anclado en la tradición, pero que dependía abiertamente los fenómenos naturales (el vaivén de la climatología), su influencia directa en la vegetación espontánea y las posibilidades de uso y monopolio de los pastos. La variabilidad de estas cuestiones también estaba a expensas de los cambiantes dominios territoriales donde las distintas comunidades se establecieron, y por los que habrían de deambular periódicamente los grupos trashumantes. Estas circunstancias provocarían, a lo sumo, una relación intermitente, poco constante y excesivamente condicionada a grupos pastorales con una cultura material escasa y muy limitada por su situación económica extrema.

Frente a ello, las relaciones orientadas hacia el sur siempre destacaron por su mayor potencial: no solo en lo cultural, sino en lo económico. El foco tartésico inicialmente, sustituido después por el dominio comercial de raigambre fenicia, debieron funcionar sucesivamente como elementos de primordial atracción de los pueblos localizados en su periferia. Algo así como el papel determinante y magnético que juega hoy —con un sentido más global— el

área occidental del mundo, en oposición al movimiento centrífugo contrario que sabemos experimenta el tercer mundo. En este sentido, la aparición de un brazalete de marfil en una de las tumbas de Munera explicitaría materialmente la orientación de la dinámica comercial en que vivía el sudeste de la Meseta en aquella época, más abierta, más relacionada y con mayores intercambios con el sur que con el norte.

Precisamente será la tumba donde se recuperó ese elemento ebúrneo (Huerta del Pato 3), en la que se halló el par de fragmentos de separadores de collares de hueso (Fig. 6: arriba) que, aunque incompletos, podemos paralelizarlos perfectamente con muchos otros de los que ya se han reconocido en toda la Península. Su forma, así como el material empleado en su manufactura y la configuración general, remite a ejemplares que cabría significar mejor como propiamente prehistóricos y previos al contacto fenicio.

En cuanto a las dimensiones de los nuevos pasadores, oscilan entre los cerca de cuatro centímetros y algo más de tres, respectivamente; sin olvidar que, en ambos casos, estamos ante objetos fragmentarios, a los que aparentemente les faltan ambos extremos. Las perforaciones que conservan serían nueve y siete, por lo que se acercan bastante al caso de Cerro de los Infantes y, también, al de Villaricos, aunque aquí la diferente anchura sería determinante para separarlos formal y cronológicamente.

La acumulación de hallazgos funerarios de Munera, en los que no encontramos ningún elemento cerámico a torno, así como tampoco ningún otro componente arqueológico que permita elucubrar y aceptar relaciones directas con el mundo semita, constituye una prueba de peso para eludir paralelos cronológicos y culturales con el horizonte colonial. Por ello, las similitudes del ritual e incluso del repertorio formal cerámico con la cercana necrópolis de Les Moreres, implicaría establecer una relación directa con el horizonte I del cementerio alicantino y, por ello, anteriores al final del siglo IX a.C [11].

Este jalón cronológico supondría *de facto* establecer el hallazgo albacetense en la época precolonial de la zona levantina peninsular, conocida cada vez más certeramente por los descubrimientos de las excavaciones de la Fonteta, de las que ya disponemos de la memoria de una de las áreas excavadas y que avalarían las fechas que estamos considerando (Rouillard *et alii*, 2007).

11 El brazalete de marfil también habla de ciertas conexiones con ambientes exóticos de donde pudo venir este tipo de material, pero en este caso quizás deba hablarse mejor de contactos precoloniales, ya que el marfil fenicio siempre fue más elaborado y materializó producciones enormemente variadas, muy alejadas de estas sencillas pulseras de aire prehistórico.

III.6. **Covacha de La Presa (Loja, Granada)**

Se trata de una tumba colectiva prehistórica (Carrasco, García y González, 1977 y 1979), conocida gracias a una excavación irregular, que impidió un control más directo y conveniente de la exhumación. Buena parte de sus ajuares se hallan depositados en el Museo Arqueológico de Granada y todo el conjunto sepulcral ha sido de nuevo estudiado, en una tesis doctoral sobre la Prehistoria Reciente en las Tierras de Loja (Gámiz Jiménez, 1998).

Entre los contenidos del hallazgo destacaba un separador de forma prismática y filos ligeramente alisados, que fue elaborado a partir de la epífisis/diáfisis de un hueso largo, posiblemente de un bóvido o similar. En su desarrollo longitudinal, presenta doce perforaciones cilíndricas y transversales, alineadas de forma irregular, pero siguiendo un mismo eje central. Tiene una longitud de 6,35 cm.; sección mayor de 6 mm. y menor de 4.8 mm, siendo el diámetro medio de las perforaciones de 2 mm.

El útil que nos ocupa fue fechado en un Cobre evolucionado, posiblemente de adscripción Campaniforme. Más que nada porque los objetos que se le asociaban aludían a ese momento. Hubiera también sido factible una adsctpción a época argárica, por la existencia de materiales de esta época entre los ajuares de la cueva, pero como no tenemos constancia del uso de esos objetos en esta cultura, se obvió esta posibilidad y nada nos impide, hoy día, seguir manteniendo con garantías su cronología de la Edad del Cobre, fuera del contexto general que estamos estudiando. Sin embargo, su presencia aquí responde a una última interpretación en la que se justifica la presencia de enterramientos del Bronce Final en La Presa, a partir de la presencia de una punta de flecha triangular con largo pedúnculo y, posiblemente, de este separador.

El planteamiento al que nos referimos se encuentra en un reciente trabajo sobre los usos funerarios (Lorrio Alvarado y Montero Ruiz, 2004). Pese a que, dentro del conjunto arqueológico allí recuperado, la punta de flecha es uno de los elementos más irrelevantes, por su imprecisa cronología, Lorrio y Montero incidieron en dos características morfométricas: las cortas e irregulares aletas y el largo pedúnculo, a los que atribuyeron una cronología errónea del Bronce Final.

Esos atributos no son exclusivos del periodo señalado, pudiéndose constatar puntas de flechas similares a las de La Presa, al menos desde finales del Cobre/Argar en Andalucía Oriental y con perduraciones no cuantificables, posiblemente en el Bronce Final. La confusión se basó en un dibujo original no muy bien expresado, en el que parece existir un aparente nervio central que no existe, como se comprueba en su sección y fotografía; error que pudo posibilitar una interpretación equivocada, como debió suceder a Kaiser en su estudio sobre las flechas de la Edad del Bronce (Kaiser, 2003: 96). No sería de

extrañar que este estudio constituya la fuente de Lorrio y Montero, para justificar la presencia de enteramientos del Bronce Final en este lugar.

Se trataría de una punta de flecha relativamente antigua, pequeña hoja triangular y cortas aletas aguzadas, martilleada en su acabado final y obtenida a partir de un molde abierto. Pero, al margen de matizaciones tipológicas, la prueba más evidente de su antigüedad es la composición de su aleación, que como todas las demás muestras metálicas del enterramiento, no presenta resto alguno de estaño, pero sí de arsénico. Y esto es lo normal, como muestran las analíticas de las piezas metálicas del Cobre y Bronce Antiguo, frente a los casos del Bronce Final que nunca presentan arsénico. Dato que bien debe saber I. Montero, a no ser que siga estimando que los metales argáricos contuvieron estaño, como ya significó en su tesis doctoral (Montero, 1994) en relación con los ajuares metálicos de El Culantrillo, en Gorafe, Granada y que —en su momento— criticamos (Carrasco *et alii*, 1999) sin respuesta alguna.

Por último, respecto de la flecha considerada, solo tendríamos que indicar que no hay un solo objeto de entre los múltiples ajuares que han podido asociarse con los más del centenar (128) de enterramientos inhumados en la Covacha de la Presa, que aluda al Bronce Final de un modo convincente.

En relación al separador que los citados autores han querido relacionar con la punta de flecha, la cuestión es más compleja, siendo difícil comprender qué argumentos explicarían su atribución a una cronología del Bronce Final, al margen de la relación contextual con dicha flecha. Quizás se relacionara con la cronología adjudicada al ejemplar estratificado de Cerro de los Infantes, de caracteres parecidos pero no del todo idénticos. No se tuvo en cuenta, para ello, que los separadores en hueso a partir de la Edad del Cobre, de forma esporádica pero mantenida, guardan evidentes similitudes hasta los conocidos del Bronce Final. Contrariamente, sin dudar de la etiología del Bronce Final para el caso de Los Infantes, como ya se ha analizado, tampoco olvidamos que este yacimiento presenta una estratigrafía aterrazada, abierta a múltiples deposiciones y en el asentamiento también hay registro material de la Edad del Cobre.

Además, en la argumentación de Lorrio-Montero, al explicar su atribución cronológica, extraña la soledad del ejemplar de la Covacha de la Presa en el contexto del Cobre Peninsular, frente a los más evidentes pero tampoco muy abundantes separadores del Bronce Final. Algo que no sucede en el resto de Europa, donde sin ser multitud presentan un espectro más amplio, especialmente asociados a necrópolis de tradición antigua. Por otra parte, parecen olvidarse que la Covacha de la Presa es un conjunto funerario cerrado, sin ningún registro material que se prolongue más allá del momento argárico.

Esto tampoco justificaría en el separador de Loja una cronología argárica, ya que hemos constatado la inexistencia de estos objetos en los conjuntos fu-

nerarios del período en el Sudeste, atendiendo a los registros antiguos de los que L. Siret rindiera cuenta, como también hiciera respecto de otros conjuntos posteriores del mismo área geográfica. Por lo demás, tampoco hay constancia de su presencia en los registros conocidos de excavaciones modernas.

Los mismos autores inciden en las doce perforaciones del ejemplar, tratando de ratificar su modernidad; lo que no deja de ser una argumentación un tanto simplista. Así, el incompleto ejemplar n.º 7 de Cueva del Toro (Martín Socas *et alii*, 2004), de evidente cronología neolítica, presenta como mínimo ocho perforaciones, si no fueron diez o más, atendiendo al tamaño original que debió tener. En verdad, existen separadores del Bronce Final con menos perforaciones y otros del Cobre/Bronce Antiguo, extra-penisulares, con bastantes más, no siendo un carácter determinante para atribuir cronologías. Las perforaciones, más que nada, responderían al contenido y tamaño de las hileras de cuentas que separarían.

Sabiendo de la existencia de conjuntos funerarios del Bronce Final en cuevas en Andalucía Oriental, lo mismo que en conjuntos megalíticos y de otro tipo. El caso de La Presa, en cambio, resulta de difícil aceptación, pues se trata de un espacio inhabitable, con una configuración natural próxima a las llamadas cuevas artificiales, que también existen en el lugar. La Presa aprovecha una configuración similar, pero ahorra un trabajo innecesario, para inhumar igualmente a las poblaciones asentadas en el Manzanil; sitio al que se relaciona la Covacha con una cronología desde el Neolítico Final a un momento argárico, pero con una mayor presencia del Cobre. En definitiva, en La Presa no existiría reutilización funeraria durante el Bronce Final, aunque fue necrópolis continuada y exclusiva de la población asentada en el Manzanil durante un período concreto del Cobre/Argar.

IV. CONCLUSIONES

Dejando, de momento, la interpretación del separador como elemento decorativo, es innegable la larga tradición en su uso, al menos desde el Neolítico, aunque tampoco podamos descartar un origen anterior. No obstante, la relación de nuestros hallazgos se ha centrado desde los representantes de finales de la prehistoria y los del primer milenio a.C., ya en época protohistórica antes de la eclosión del mundo ibérico, precisamente donde contamos con un mayor número de referencias cronológicas, aunque no en todos los casos.

Junto con la cronología, es patente en la producción de separadores de estos momentos un evidente cambio tipológico que parece centrado en una reducción de las longitudes, la disminución del número de perforaciones y la extensión de las anchuras frontales, buscando posiblemente un espacio mayor para posibles desarrollos ornamentales que aumentarían el interés estético del

collar donde iban a emplearse. Esta transformación parece contar con la aportación de influencias externas que debieron venir de la mano del mundo fenicio y que no solo afectaron a los aspectos formales, sino que parecen haber influido en la reactivación del uso de los pasadores. Al no haber hallazgos en tiempos argáricos, cabe la posibilidad de que su reaparición a partir del Bronce Final debamos achacarla a los contactos con las civilizaciones orientales, desde la precolonización y debida en mayor medida al complejo mundo semita, cuya presencia en la Península fue fundamentalmente fenicia.

Los separadores que mejor expresan esas transformaciones son precisamente los de Herrerías (III.1) y Alboloduy (III.2), cuya estructura formal recuerda bastante los orientales, aunque en ambos casos no quedara muestra visible de ninguna decoración facial. [12] En este sentido, considerando los hallazgos funerarios de la Edad del Hierro en los que Siret afirmaba haber encontrado sus separadores, podríamos encontrar algún prototipo y referencia más lujosa en algunas tumbas de raigambre fenicia oriental, que pueden explicar gráficamente algunas de las concomitancias e influencias que estamos destacando.

Un ejemplo podría ser el hallazgo de la necrópolis norte de Achziv, en Israel, donde en la tumba n.º 1, correspondiente a la fase 3 del cementerio (fines del siglo IX a la séptima centuria a.C.), se encontró un separador de hueso rectangular, calado y con decoración egiptizante por las dos caras más amplias en las que se representó al dios Hathor y al ojo de Horus (Mazar, 2004: 246, apéndix 3, n.º 19). Este lujoso separador (Fig. 6: abajo), emparentado con un claro contexto fenicio, sin embargo no oculta otro tipo de raigambres para el objeto estudiado y es su adscripción más general al mundo mediterráneo oriental, abarcando en este caso a la civilización egipcia, como una más de las grandes culturas circunmediterráneas que también hicieron un uso semejante de estos componentes como elemento de clasificación y separación de las cuentas en collares de cierta complejidad y de un indudable valor estético y simbólico.

En el Mediterráneo Oriental, quizás bajo la irradiación de los elementos ornamentales egipcios, los separadores ganan espacio para su superficie transversal, ensanchándose por aquellas superficies que quedarían a la vista en el pecho de sus portadores. Es el caso de Achziv, ya citado, pero que se paraleliza a otros de la zona de Palestina, como el recuperado en Akko (Keel, 1997: Akko§251), también relacionados con otros de Egipto y el norte de Sudán; en

12 Sería de notable interés volver a analizar con métodos actuales las superficies del separador de Peñón de la Reina, el único de los dos citados que está localizado, para tratar de rastrear en aquellas restos de algún tipo de decoración. Si esto se corroborara, podríamos atestiguar algunos de los planteamientos y las relaciones culturales que aquí se defienden.

todos ellos es indudable la búsqueda de un mayor espacio, suficientemente practicable para desarrollar en él escenas decorativas de diverso tipo.

En este sentido, también los casos que conocemos de la Edad del Hierro, en la Península Ibérica, ofrecen unas superficies rectangulares muy aplanadas y propicias para esa tarea, aunque no se usaran siempre para ello. Así, el ejemplar de Alboloduy es perfectamente apropiado para ese fin y, sin embargo, no presenta en apariencia decoración alguna; pero es más ancho que los publicados por Siret, aunque, de todos, el más diferenciado sería el de Cerro de los Infantes, donde sus superficies redondeadas vuelven a remitirnos al mundo prehistórico. Es evidente que los aspectos tradicionales debían seguir ejerciendo una cierta impronta, expresada en objetos que no siempre mostraban las novedades aportadas por las producciones más revolucionarias y cercanas al mercado exterior. Tanto en una como otra parte del Mediterráneo, el desarrollo de los separadores deben haber seguido un proceso similar en lo que respecta a su largo recorrido temporal.

Estaríamos, así, ante un extendido uso objetos que deben representar igualmente un conocimiento heredado, un saber generalizado y una mecánica ornamental que debe hundir sus raíces en tiempos muy anteriores a los que evocan estos hallazgos que se han relacionado con el mundo semita, pero que deben responder en Oriente, como en la Península Ibérica, a su empleo más o menos continuado desde tiempos anteriores y que representarían una larga tradición que debe hundir sus raíces hasta los períodos prehistóricos.

Sin necesidad de remontarnos en las zonas orientales a épocas demasiado alejadas de la fase de estudio, tampoco sería desdeñable recordar cómo, en los horizontes de la Edad del Bronce del arco este del Mediterráneo, hubo un uso bastante extendido de estos elementos prácticos que formarían parte de la ornamentación individual de quienes integraban aquellas sociedades. La distinta producción de plaquetas, en muy diversos materiales, indicaría la existencia de distintos poderes adquisitivos y de la propia diferenciación social, de la que el hallazgo señalado en Achziv reflejaría una concreta caracterización en los tiempos siguientes.

De las épocas anteriores a que nos referíamos, podemos señalar en Oriente, la presencia de algún otro separador fabricado en oro y que ilustraría la variedad de formas que el objeto en cuestión pudo adoptar,[13] adaptándose a las necesidades concretas de cada ornamento y a la propia especificidad del material en que se realizó. Tratándose de metales nobles, el propio peso del oro, añadido al que se derivaba del conjunto del collar al que pudo pertene-

13 Podemos citar, por poner algún ejemplo, separadores en oro y formas curvadas, como los encontrados en Egipto, correspondientes a la mitad más reciente del segundo milenio (Hayes, 1958: 181, fig. 100).

cer, que siempre suponían composiciones de una cierta complejidad y peso, obligarían necesariamente a la reducción volumétrica del separador. Máxime, en casos como el que presentamos, en el que la propia fundición de metal dotaba al separador de una resistencia muchísimo mayor, frente a los que se realizaron en hueso o marfil. Por tal motivo, en este caso pudo prescindirse de la configuración más plana de la plaqueta y reducir su forma a una simple varilla, mínimamente ancha y estrecha, para que pudiese perforarse con los agujeros que necesitaba el collar en cuestión en el que se engarzaba, sin hacer peligrar el equilibrio de peso del conjunto al que perteneciera.

Nos referimos a otro separador que se encuentra en uno de los muchos tesoros que Heinrich Schliemann recuperó de la colina turca de Hissarlik. Se trata de una pequeña laminilla de oro (Fig. 7: arriba), alargada (5,3 cm.) y estrecha (0,17-018 cm.), de anchura muy limitada (0,28 cm.) y diecinueve orificios circulares de alrededor de 0,11 cm., de diámetro cada uno. Este separador se corresponde exactamente con los contenidos del tesoro F (n.º 124), pero es un objeto que no constituye un único caso, dentro de las recuperaciones del yacimiento. Así, en el tesoro A existen otras dos laminillas similares, aunque de veintidós (5,17 cm.) y veintiún orificios (4,64 cm.), con las que algunos autores se han servido para reconstruir un collar de forma errónea, ya que en su caso se han colocado como dos colgantes más, junto a cuentas, aretes perforados y pequeños botones de oro (Fig. 7: abajo). Estas tres placas perforadas se conservan actualmente en el Museo Pushkin de Moscú, aunque la procedencia de las mismas es genuinamente troyana. Precisamente, los avatares de la Segunda Guerra Mundial, con el dominio territorial de los soldados soviéticos sobre parte de Alemania, hizo que pasaran finalmente desde el Museo de Prehistoria e Historia Antigua de Berlín a la URSS, de la que hoy es heredera Rusia.

Estos tres separadores se publicaron conjuntamente en un trabajo relativamente reciente sobre Troya, del que hemos tomado las imágenes (Ambrosio e Inghazi, 1996: figs. págs. 94 y 115) [14], aunque tampoco serían los únicos que se conocen, sino que existe un número importante de hallazgos que reflejarían el interés de este tipo de productos en aquellas sociedades. Nos podemos referir, por ejemplo, a los ejemplares que se encuentran en el Museo de Estambul, donde encontramos plaquetas con perforaciones que son más regulares que en los casos citados previamente.

M. Treister señalará el valor utilitario de estas piezas (Treister, 1996: 213-214) y criticará a Branigan (1974: 47, lám. 22, núm. 3007-3010) en la hipóte-

14 (Cat. 101 y 124), respectivamente para los casos de los tesoros A y F.

sis de que las placas pudieron servir para sostener pendientes en forma de cestillos, además de precisar algunos otros paralelos. Todo ello se sirve para aceptar, al menos en las piezas perforadas de oro, que tuvieron una clara función como elementos para la conformación de collares, aunque también duda de su utilidad para servir de separación de los mismos [15]. Frente a ellas existirían otras varillas sin perforar, con muescas regulares en su superficie y que pudieron funcionar como piezas para la fabricación de objetos de joyería, pues las irregularidades de muchos de los ejemplares aludirían a una fundición más genérica de largas varillas que se cortarían según las necesidades de los diferentes orfebres.

Como se ve con todos estos ejemplos, es palpable también en Oriente una distinción entre plaquetas más estrechas, simples y antiguas, como serían las de Troya, frente a las más tardías en las que ya encontramos una búsqueda deliberada de espacios complementarios para la decoración del separador, como atestigua el hallazgo de Achziv y sus claros paralelos egipcios con amplia distribución en todos los territorios colindantes. En todos ellos parece factible deducir una función práctica de alineamiento de distintas hileras de collar, aunque en determinados momentos, el separador en sí, acabara teniendo también un sentido ornamental de primer orden.

En la Península Ibérica se habría producido un proceso similar, quizás algo más ralentizado que en Oriente, debido al mayor aislamiento geográfico que solo debió romperse a partir del Bronce Final, gracias a la precolonización y al inicio de los contactos fenicios. Precisamente, los hallazgos ibéricos que aquí se han destacado expresarían ese proceso, pese a comprender un período muy corto del mismo en el que todavía son apreciables las características de los ejemplares plenamente prehistóricos y algunas de las novedades que rompían con aquella larga tradición.

V. BIBLIOGRAFÍA

ALFARO GINER, C. (1980), «Estudio de los materiales de cestería procedentes de la Cueva de los Murciélagos (Albuñol, Granada)», *Trabajos de Prehistoria*, 37, págs. 109-163.

ALFARO GINER, C. (1984), *Tejido y Cestería en la Península Ibérica. Historia de su Técnica e Industrias desde la Prehistoria hasta la Romanización*, Biblioteca Praehistorica Hispana, XXI, Madrid.

ALFARO GINER, C. (1989), «Le tissage, la corderil et la vannerie dans les motifs décoratifs de la céramique du premier néolithique dans la région de valence (Espagne)», *Tissage,*

15 En este sentido, este autor ha tenido en cuenta las apreciaciones de Garašanin (1954: 10, n. 47, lám. II,4) para —apoyándose en los hallazgos de tres placas con nueve orificios de la Edad del Bronce de Velika Vrbitsa— defender su uso más general en joyería y descartar el empleo de estas varillas perforadas como separadores de collares.

Corderie, Vannerie. Approches archéologiques ethnologiques, technologiques. IXe Rencontres Internationales d´Archeologie et d´Histories d´Antibes, págs. 103-112.

ALMAGRO-GORBEA, M.ª J. (1984), *La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-78*, Excavaciones Arqueológicas en España, 129, Ministerio de Cultura, Madrid.

AMBROSIO, F. e INZAGHI, M. (Coord.) (1996), *El tesoro de Troya. Excavaciones de Heinrich Schliemann*, Ministerio de Cultura de la Federación Rusa. Museo Estatal de Artes Figurativas A. C. Pushkin, Sociedad Editorial Electa España, S. A., Madrid, 1996

AMIN, S. (1979), *Clases y naciones en el materialismo histórico. Un estudio sistemático sobre el papel de las naciones y las clases en el desarrollo desigual de las sociedades*, Ediciones Editoriales S.A., Barcelona.

ASTRUC, M. (1951), *La necrópolis de Villaricos*, Informes y Memorias, 28, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Ministerio de Educación Nacional, Madrid.

BARBER, E.J.W. (1992), *Prehistoric Textiles*, Princeton University Press, Princeton.

BELDA, A. (1963), «Un nuevo campo de urnas al sur del Tajo», *Ampurias*, XXV, págs. 198-201.

BRANIGAN, K. (1974), *Aegean Metalwork of the Early and Middle Bronze Age,* Oxford.

CAPEL MARTÍNEZ, J., CARRASCO RUS, J. y NAVARRETE ENCISO, M.S. (1981), «Nuevas sepulturas prehistóricas en la Cuenca del Río Cacín (Alhama de Granada)», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, págs. 123-166.

CARDITO ROLLÁN, L.M. (1996), «Las manufacturas textiles en la Prehistoria: Las placas de telar en el Calcolítico Peninsular», *Zephyrus*, 49, págs. 125-145.

CARRASCO RUS, J., GARCÍA SÁNCHEZ, M. y GONZÁLEZ ROMERO, C.A. (1977), «Enterramiento eneolítico colectivo en la 'Covacha de la Presa' (Loja, Granada)», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, II, págs. 105-171.

CARRASCO RUS, J., GARCÍA SÁNCHEZ, M. y GONZÁLEZ ROMERO, C.A. (1979), «Avance al estudio de la covacha sepulcral eneolítica de 'La Presa' (Loja, Granada)», XV CNA, (Lugo 1977), Zaragoza, págs. 161-170.

CARRASCO RUS, J. L. y PACHÓN ROMERO, J.A. (2006), «La fíbula de codo tipo Huelva. Una aproximación a su tipología», *Complutum*, 17, págs. 103-119.

CARRASCO RUS, J., PACHÓN ROMERO, J.A., ESQUIVEL GERRERO, J. A. y ARANDA JIMÉNEZ, G. (1999), «Clasificación secuencial tecno-tipológica de las fíbulas de codo de la Península Ibérica», *Complutum*, 10, págs. 123-142.

CARRASCO RUS, J., PACHÓN ROMERO, J.A., PASTOR MUÑOZ, M. y LARA MARTÍN-PORTUGUÉS, I. (1982), «Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá (Torres, Jaén)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada,* 5, Granada, pág. 221-236.

CONTRERAS CORTÉS, F., CARRIÓN MÉNDEZ, F. y JABALOY MARTÍNEZ, E. (1983), «Un horno de alfarero protohistórico en el Cerro de Los Infantes (Pinos Puente, Granada)», *XVI C.N.A. (Murcia-Cartagena 1982)*, Zaragoza, págs. 533-537.

GÁMIZ JIMÉNEZ, J. (1998), *Bases documentales para el estudio del poblamiento neolítico y de la Edad del Cobre en la Tierra de Loja.* Universidad de Granada. Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Prehistoria y Arqueología (Tesis Doctoral inédita).

GARAŠANIN, D. (1954), *Nationalmuseum-Beograd. Vorgeschichte. I*, Katalog der vorgeschichtlichen Metalle, Belgrado.

GÓNGORA MARTÍNEZ, M. de (1868), *Antigüedades prehistóricas de Andalucía. Monumentos, inscripciones, armas, utensilios y otros importantes objetos pertenecientes a los tiempos más remotos de su población.* Madrid.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1998), «La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-1997», *Rivista di Studi Fenici*, 26 (2), págs. 191-228.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1999), *La Fonteta (1996-1998). El emporio fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, 9-11 de abril de 1999)*, Univ. De Alicante, Alicante.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1999-2000), «La Fonteta. El emporio fenicio de la desembocadura del río Segura», *Sapanu. Publications sur Internet* III y IV, [http://www.labherm.filol.csic.es].

GONZÁLEZ PRATS, A. (2000), «Acerca del 'campo de urnas' de Huerta del Pato (Munera, Albacete). Una nueva hipótesis sobre el ritual de la cremación en el Sudeste de la Península Ibérica». *Scripta in Honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, Diputación Provincial de Alicante-Universidad de Alicante-Consell Valencià de Cultura, Alicante, págs. 237-248.

GONZÁLEZ PRATS, A. (2002), *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España) (s. IX-VII a.C.)*, Edición aparte del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios, Universidad de Alicante, Alicante.

GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E. (1997), «La Fonteta. Una ciudad fenicia en Occidente», *Revista de Arqueología*, 190, Madrid, págs. 8-13.

GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E. (1999), «La Fonteta 1997. Memoria preliminar de la segunda campaña de excavaciones ordinarias en la ciudad fenicia de la desembocadura del río Segura, Guardamar (Alicante)», *La cerámica fenicia en Occidente. Centros de producción y áreas de comercio*, Actas del I Seminario Internacional sobre temas fenicios (Guardamar del Segura, 21-24 de noviembre de 1997), Valencia-Alicante, págs. 257-301.

GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E. (2000), *El yacimiento fenicio de la Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante. Comunidad Valenciana)*, Real Academia de Cultura Valenciana, Serie Popular, 4, Valencia.

HAYES, W.C. (1958), *The Scepter of Egypt II. The Hyksos Period and the New Kingdom (1675-1080 B.C.)*, New York.

KAISER, J.M. (2003), «Puntas de flecha de la Edad del Bronce en la Península Ibérica. Producción, circulación y cronología», *Complutum*, 14, págs. 73-106.

KEEL, O. (1997), *Corpus der Stempelsiegel-Amulette aus Palästina/Israel: Von den Anfängen bis zur Perserzeit*, *Katalog Band 1: Von Tell Abu Farağ bis Atlit*, Orbis Biblicus et Orientalis, Series Archaeologica, 13, Universitätsverglag/Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, Freiburg, Switzerland.

LORRIO ALVARADO, A.J. y MONTERO RUIZ, I. (2004), «Reutilización de sepulcros colectivos en el sureste de la Península Ibérica: La colección Siret», *Trabajos de Prehistoria*, 61, n.º 1, págs. 99-116.

MARTÍN SOCAS, D., CÁMALICH MASSIEU, M.D., BUXÓ I CAPDEVILLA, R.,CHAVEZ ÁLVAREZ, E., ECHALLIER, J.C., GONZÁLEZ QUINTERO, P., GOÑI QUINTERO, A., HERNANDEZ MORENO, J.M., MAÑOSA, M., OROZCO KÖHLER; T., DE PAZ, M., RODRÍGUEZ ARIZA, O., RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A. DEL C., TUSELL SOLÉ, M. y WATSON, J.P.N. (2004), «La Cueva de El Toro (El Torcal de Antequera, Málaga). La problemática del Neolítico en Andalucía». *Actas del II Simposio de Prehistoria de la Cueva de Nerja, en Homenaje al Profesor Manuel Pellicer Catalán (Nerja, Málaga),* Nerja, págs. 68-69.

MARTÍN SOCAS, D., CÁMALICH MASSIEU, M.D. y GONZÁLEZ QUINTERO, P. (2004), *La Cueva del Toro (Sierra de El Torcal-Antequera-Málaga). Un modelo de Ocupación Ganadera en el Territorio andaluz entre el VI y II Milenios A.N.E.)*, *Arqueología* Monografías, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura. Sevilla.

MARTÍNEZ PADILLA, C. y BOTELLA LÓPEZ, M. (1980), *El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería),* Excavaciones Arqueológicas en España, 112, Madrid.

MASUREL, H. (1984), «Les premiers tissus. De l´époque néolithique à l´Age du Bronce», *Archeologia,* 188, págs. 46-55.

MAZAR, E. (2004), *The phoenician Family Tomb n.1 at the Northern Cementery of Achziv (10th-6th centuries BCE)*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 10.

MENDOZA EGUARAS, A., MOLINA GONZÁLEZ, F., ARTEAGA MATUTE, O. y AGUAYO DE HOYOS, P. (1981), «Cerro de los Infantes (P. Puente, Provinz Granada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien», *M.M*., 22, Heidelberg, págs. 171-210.

MENESES FERNÁNDEZ, M.D. (1990), «Les plaques osseuses multiformes du Néolithique et du Chalcolithique en Andalousie (Espagne). Analyse technique et interprétation fonctionnelle», *Travaux du LAPMO*, págs. 57-66.

MENESES FERNÁNDEZ, M.D. (1991), *Propuesta metodológica para el análisis de la industria ósea del Neolítico en Andalucía. Un ejemplo: La Cueva del Toro (Antequera, Málaga).* Tesis Doctoral. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna. Microfichas.

MOLINA FAJARDO, F. y PADRÓ I PARCERISA, J. (1983), «Una sepultura con amuletos de tipo egipcio de la necrópolis de Puente de Noy», *Almuñécar, Arqueología e Historia*, Granada, págs. 107-122.

MOLINA GONZÁLEZ, F., MENDOZA EGUARAS, A., SÁEZ PÉREZ, L., ARTEAGA MATUTE, O., AGUAYO DE HOYOS, P. y ROCA ROMENS, M. (1983), «Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes», *C.N.A*., XVI, Zaragoza, págs. 689-707.

MOLINA GONZÁLEZ, F., RODRÍGUEZ-ARIZA, M.O., JIMÉNEZ BROBEIL, S. y BOTELLA LÓPEZ, M. (2003), «La sepultura 121 del yacimiento argárico de el Castellón Alto (Galera, Granada)», *Trabajos de Prehistoria* 60, 1, págs. 153-158.

MONTERO RUIZ, I. (1994), *El origen de la metalurgia en el Sureste Peninsular*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería.

RODERO RIAZA, A., CHAPA BRUNET, T., MADRIGAL BELINCHÓN A., PEREA CAVEDA, A., PEREIRA SIESO, J. y PÉREZ-DIE, M.ªC. (2000), «La necrópolis de Villaricos (Almería)», *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, IV, Universidad de Cádiz, Cádiz, págs. 1723-1729.

RODERO RIAZA, A., PEREA CAVEDA, A., CHAPA BRUNET, T., PEREIRA SIESO, J., MADRIGAL BELINCHÓN, A. y PÉREZ-DIE, M.ªC. (1996), «La necrópolis de Villaricos (Almería)», *Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda*, Complutum Extra, 6-I, Madrid, págs. 373-383.

ROUILLARD, P., GAILLEDRAT, E. et SALA SELLÉS, F. (2007), *Fouilles de la Rábita de Guardamar II. L'établisement protohistorique de La Fonteta (fin VIIIe - fin VIe siècle av. J.-C.)*, Collection de la Casa de Velázquez, 96, Casa de Velázquez, Madrid.

RYDER, M.L. (1983), *Sheep and man,* Duckworth, London.

SHERRATT, A. (1987), «The secondary exploitation of animals in the Old World», *World Archeology*, 15, págs. 90-104.

SIRET, L. (1906), *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, Memorias de la Real Academia de la Historia, XIV, Madrid.

SIRET, L. et H. (1913), *Questions de Chronologie et d'etnographie ibériques, I. De la fin du Quaternaire à la fin du Bronze*, Ed. Paul Geuthner, Paris, 1913.

STORDEUR, D. (1989), «Vannerie et tissage au Proche-Orient néolithique: IX-V Millenaire», *Tissage, Corderie, Vannerie. Approches archéologiques ethnologiques, technologiques. IXe* Rencontres Internationales d´Archeologie et d´Histories d´Antibes, 20-22 oct. págs. 19-39.

TREISTER, M. (1996), «Los tesoros troyanos: atribuciones, cronología, contexto histórico», en Ambrosio e Inzaghi, *op. cit. supra*, págs. 213-214.

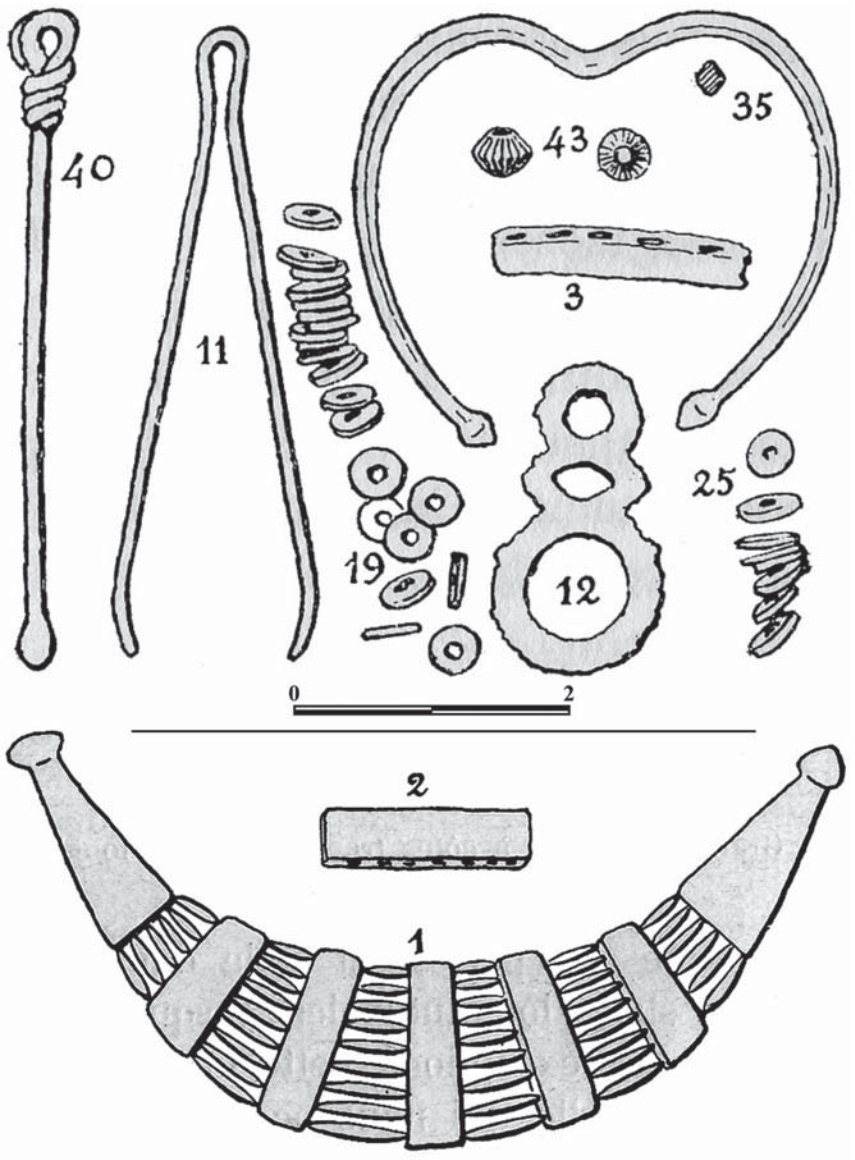

Figura 1. Separadores hispanos de Herrerías (arriba: 3) e indeterminado (abajo: 2). (Siret, 1906 y 1913).

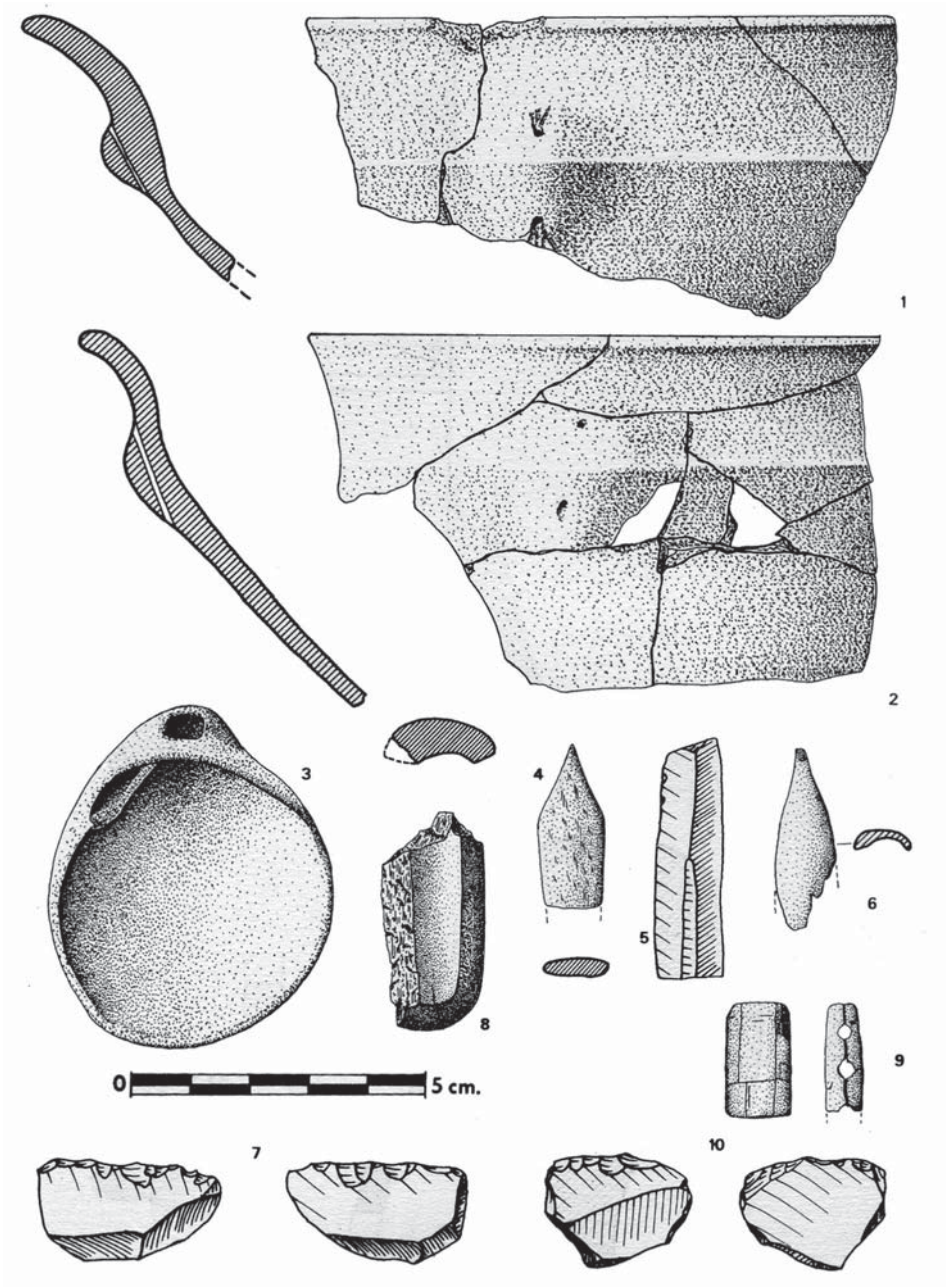

Figura 2. Contexto arqueológico del separador (n.º 9) de Peñón de la Reina, Alboloduy, Almería. (Capel y Botella, 1980).

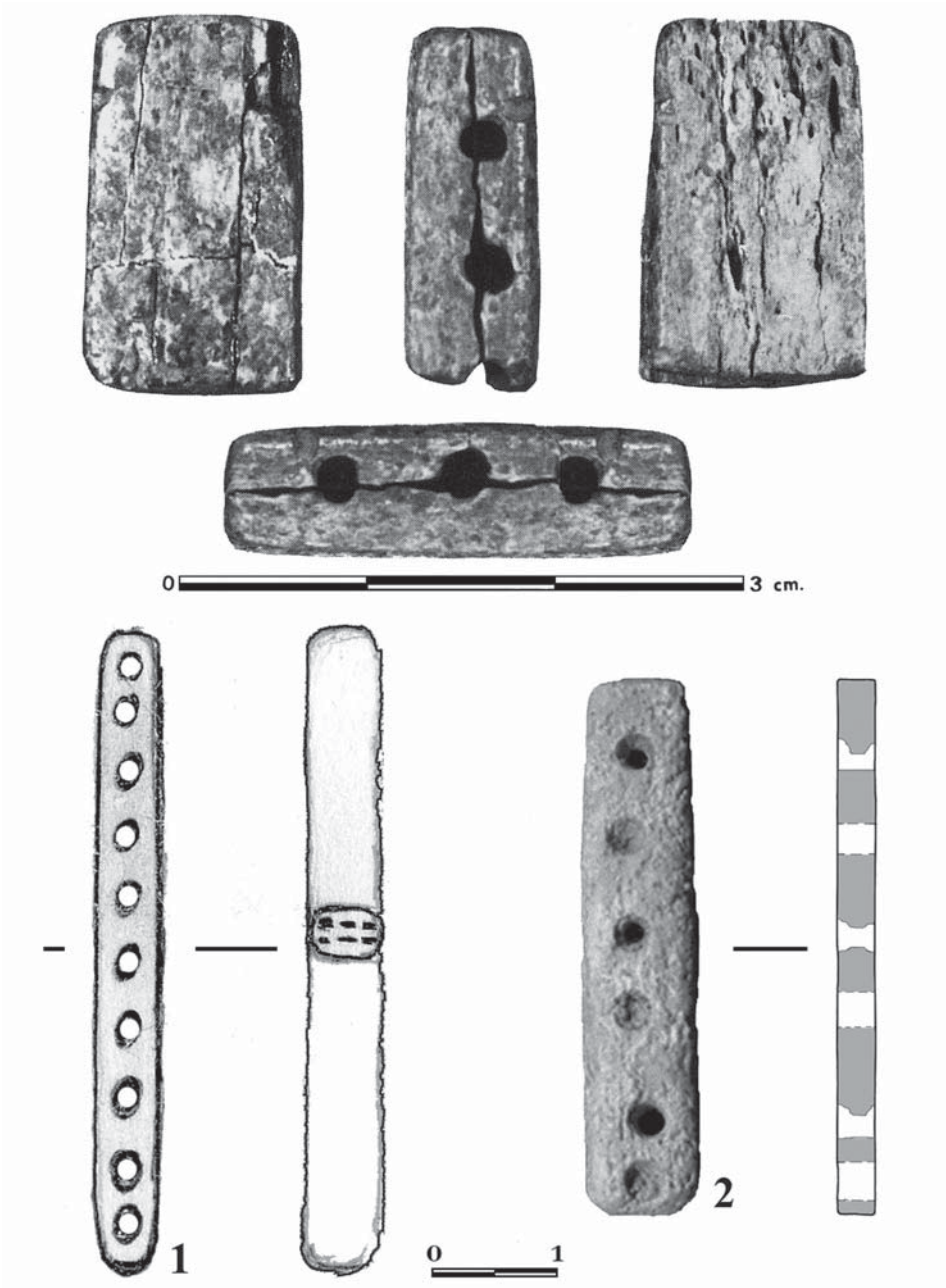

Figura 3. Separador de Peñón de la Reina y reconstrucción del mismo (arriba). Separadores superficiales de Cerro de los Infantes (abajo).

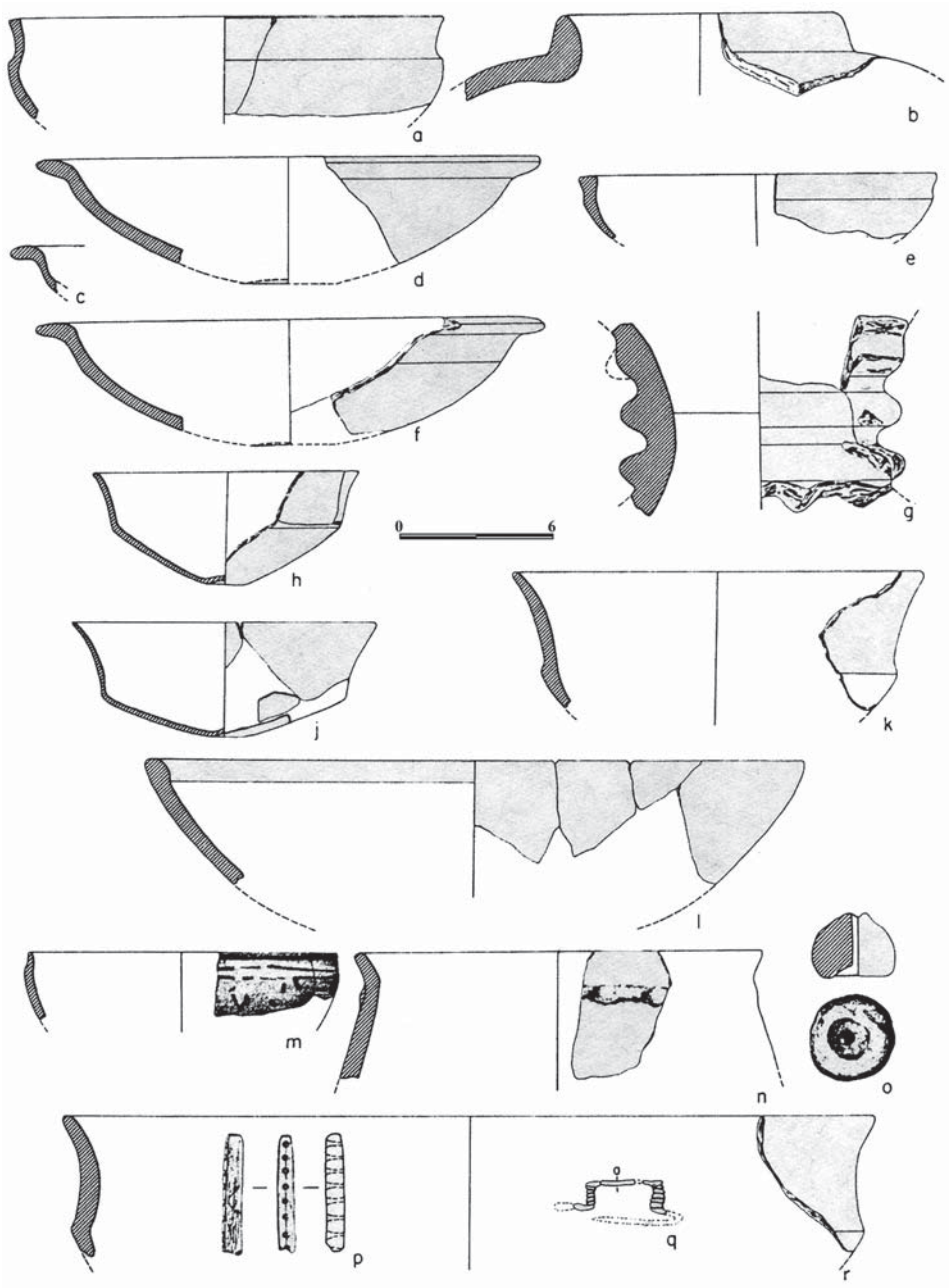

Figura 4. Contexto arqueológico del separador (p) recuperado en el corte 23 de Cerro de los Infantes. (Mendoza *et alii*, 1981).

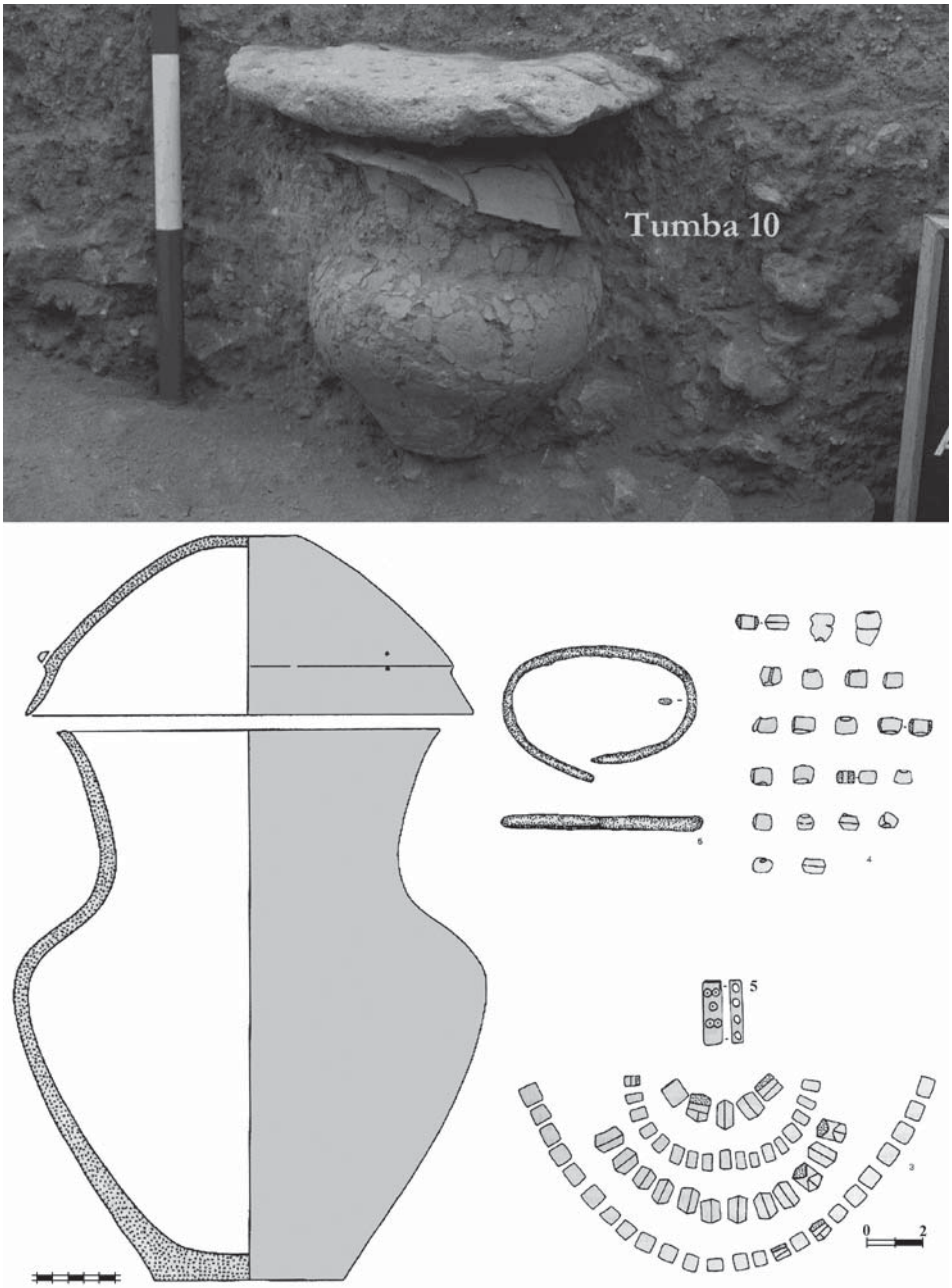

Figura 5. Tumba n.º 10 de Les Moreres I y desglose visual del ajuar con el separador (n.º 5). (González Prats, 2002).

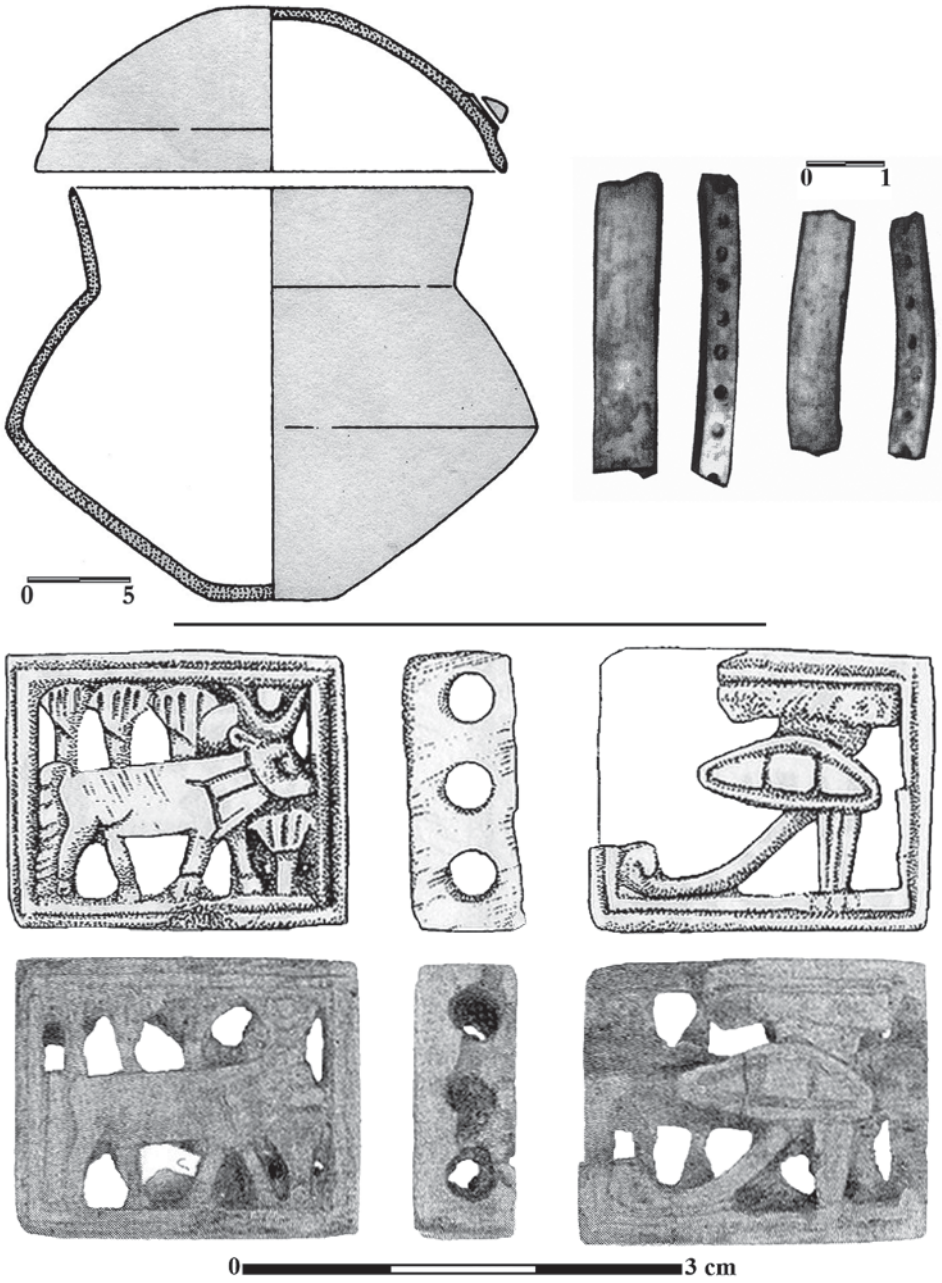

Figura 6. Arriba: separador y urna de incinerarión de la Huerta del Pato, Munera, Albacete (González Prats, 2000). Abajo: separador egiptizante de Achziv. (Mazar, 2004).

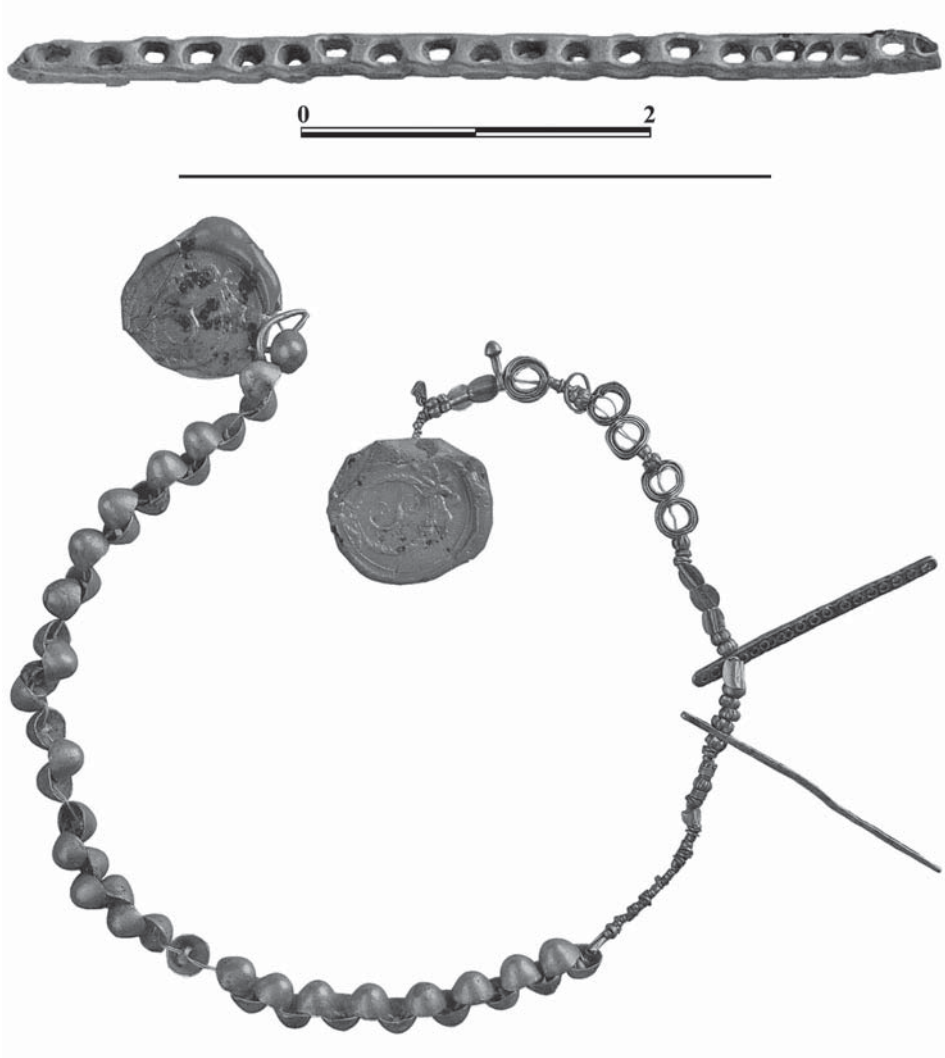

Figura 7. Separadores áureos de Troya (arriba) y reconstrucción moderna de un collar con la inserción errónea de dos de ellos (Ambrosio e Inghazi, 1996).